

Asia central: las repúblicas "stán"



Dossier de prensa

Donostia 2019

Los nuevos planes del Daesh: un califato en Asia Central
Monitor de Oriente, 28 septiembre 2019

Un minué en Asia Central
Guadi Calvo
22 agosto 2018

Asia central, opio y Afganistán
Javier Astilleros
1 agosto 2018

La Ruta de la Seda de China hace crecer rivalidades en Asia Central
Ägueda Parra Pérez
Esglobal, 18 julio 2018

Asia central: ¿el próximo feudo del yihadismo mundial?
Daniel Rosselló
8 junio, 2017

La guerra del agua en Asia Central: el dilema del agua de Turkmenistán
Ramon E. Collado
Geopolitical Monitor, 12 enero 2016

El tablero de Asia Central
Txente Rekondo
GAIN, 23 mayo 2015

¿Quién se hará cargo de Asia Central?
Fiodor Lukiánov
Ria Novosti, 28 julio 2012

La Alianza de Países Persa Parlantes dinamiza las relaciones en el Asia Central
Juan Sánchez Monroe
Eurasianhub, 16 mayo 2012

Irán y Asia Central: la estrategia del diálogo
Alexander Kniazev
Iran.ru, 23 febrero 2012

Asia Central: La reedición del gran juego
Txente Rekondo

01 Enero 2012

Tayikistán, la caldera a presión de Asia Central
Eurasian Hub
18 enero 2011

Kirguistán, amenazas sobre la estabilidad de Asia Central
Vicken Cheterian
Le Monde diplomatique, 27 julio 2010

Kirguizistán y la batalla por Asia Central
Rick Rozoff
Global Research, 12 abril 2010

Una breve radiografía de Turkeistán Este
Txente Rekondo -
11 agosto 2009

Uzbekistán: la disputa estratégica por Asia central
Higinio Polo
El Viejo Topo, 30 noviembre 2006

Los nuevos planes del Daesh: un califato en Asia Central

Monitor de Oriente, 28 septiembre 2019

El director del Centro de Antiterrorismo de la Comunidad de Estados Independientes (CEI), el general Andrei Novikov, advirtió esta semana que el Daesh está planeando el establecimiento de un “califato” en Asia Central, según informó la cadena rusa RT.

En un encuentro con los responsables de antiterrorismo de los servicios de seguridad e inteligencia del CEI, Novikov anunció también que los combatientes del Daesh “están tratando de activar las células durmientes” con las que cuentan en la zona.

El viceprimer ministro de Kirguizistán, Zinisz Razakov, advirtió que las amenazas terroristas en Asia Central y en la CEI “generarán conflictos a largo plazo”.

En junio Igor Serotkin, el vicedirector de los servicios de inteligencia rusos y director del Comité Nacional de Antiterrorismo, señaló que a pesar de las derrotas sufridas por el Daesh, continuaría expandiéndose por el mundo y constituyendo una amenaza seria.

La CEI es una organización internacional euroasiática compuesta por 12 antiguas repúblicas soviéticas: Rusia, Bielorrusia, Ucrania, Moldavia, Georgia, Armenia, Azerbaiyán, Turkmenistán, Uzbekistán, Kazajistán, Tayikistán y Kirguizistán. Su sede está en Minsk.

Un minué en Asia Central

Guadi Calvo

22 agosto 2018

Contra reloj Moscú sigue alistando la cumbre por la paz en Afganistán para el 4 de septiembre próximo, con la auspiciosa presencia de una delegación del *Talibán*, aunque la mesa quedará desbalanceada ya que tanto Kabul y Washington, dos de los jugadores más importantes del conflicto, han anunciado que no asistirán. Por otra parte, confirmaron su asistencia: China, Kazajistán, Kirguistán, India, Irán, Pakistán, Tayikistán, Turkmenistán y Uzbekistán.

Sin la presencia del gobierno afgano y de los representantes de los Estados Unidos, la cumbre correrá el riesgo de fracasar, tal como sucedió con la de abril de 2017, en que los ausentes fueron los *Talibanes*.

El presidente afgano Ashraf Ghani, que solo se sostiene por la asistencia del Pentágono, se apuró a anunciar que seguirá la postura de los Estados Unidos, no participará en el foro de Moscú. Ghani, más allá de la que fuese su voluntad, sabe que no puede desmarcarse de las políticas norteamericanas, para la región y su país, del que solo controla el 43%, y en constante retroceso, mientras que los *talibanes* ya ocupan el 11%, al tiempo que el resto de los territorios están siendo disputados de manera encarnizada por las tropas de *mullah* Hibatullah Akhundzada y las del ejército y la policía afganas (Ver: “Afganistán: Con el mazo dando y a Dios rogando”).

Más allá de las declaraciones de Kabul, se entiende que el presidente Ghani, que no podría actuar de manera independiente, al igual que sus sucesores post invasión

norteamericana, Burhanuddin Rabbani y Hamid Karzai, sigue a pie juntilla el libreto del Departamento de Estado, desde siempre y ahora más que nunca, cuando las relaciones entre Moscú y Washington están en los momentos más difíciles desde la crisis de agosto de 2013 a raíz del montaje armado contra el gobierno de Bashar al-Assad, acusado de utilizar armas químicas en al-Ghutta contra la población civil.

Una conclusión positiva en las reuniones de Moscú le daría al presidente Vladimir Putin un nuevo espaldarazo internacional, como los que ha conseguido tras la derrota del *Daesh* en Siria, cuestión que no favorecería al deteriorado Donald Trump, que está atravesando, más allá de sus éxitos económicos, un momento de suma vulnerabilidad tras las declaraciones de su ex abogado Michael Cohen, y el consultor político Paul Manafort que lo han puesto una vez más al borde del *impeachment*.

Por su parte el *Talibán* llega a Moscú fortalecido, gracias a los éxitos de su campaña militar de verano, con la toma de capitales provinciales, su presencia casi incontenible en todas las zonas rurales del país, las innumerables bajas producidas a las fuerzas de seguridad afganas, hoy uno de secreto mejor guardados del país y el complejo minué que le está haciendo bailar al Pentágono y sus socios de la OTAN, por las erráticas políticas de las administraciones estadounidenses. Recordemos que cuando asumió Barack Obama en 2009, triplicó el número de militares estadounidenses en Afganistán, para concluir en su mandato, ocho años después, con un plan de retirada general de efectivos. Trump a su llegada decidió suspender el repliegue y en este momento se encuentra en pleno incremento, llegando hoy a 14 mil hombres, cuando Obama había dejado 8 mil. Trump ha prometiendo más efectivos para el país Centro Asiático, al tiempo que se estudia la propuesta de Erik Prince, CEO de la firma mercenaria *Frontier Services Group ex Blackwater* y exigiendo al Reino Unido y otros socios, más colaboración con efectivos para contener la embestida no solo del *Talibán*, sino también del *Daesh Khorasán* que desde el norte del país, no solo tiene capacidad para atacar en Kabul, sino que intenta penetrar en Turquestán, Kirguistán y Uzbekistán, lo que obliga a Rusia a extremar sus recaudos en la lucha contra el terrorismo, dada la siempre latente amenaza de terrorismo *wahabita* contra Moscú.

Las tropas del *Daesh* están ancladas en el norte de Afganistán, donde se están integrando muchos de sus veteranos en fuga de Siria e Irak que, según fuentes iraníes, estarían siendo trasladadas en aviones de la CIA, al tiempo que reciben de manera constante apoyo logístico y militar, arrojados por aviones sin identificar a sus campamentos. Cuando se sabe que el espacio aéreo afgano está absolutamente vigilado por aviones, satélites y radares estadounidenses.

Un emirato en las puertas de Rusia

Todo pareciera indicar que el desplazamiento del *Daesh Khorasán* al norte de Afganistán en la frontera con Uzbekistán, el reagrupamiento de *muyahidines* uzbekos, que regresan de Siria al valle de Ferganá, compartido por Uzbekistán y Kirguistán, el que ha tenido históricamente una importante actividad de los grupos ultramontanos islámicos, vuelve a convertir a la región en un foco importante del terrorismo.

Hoy para China el valle Ferganá representa un punto clave para el paso de su “nueva ruta de la seda”, a los que se le suma que la región es de fuerte influencia rusa, por lo que la creación de un foco de insurgencia *wahabí* podría ser una nueva posibilidad de

establecer un *emirato* en esa región. Generando tanto a Moscú como a Pekín un nuevo dolor de cabeza ya muy conocido.

Rusia, además de las dos guerras chechenas, ha sufrido un sin número de atentados contra objetivos civiles en Moscú, San Petersburgo, Volgogrado y Sochi entre tanto otros, como China que padece las acciones del movimiento secesionista *uigur*, la etnia musulmana asentada en la estratégica provincia noroccidental de Xinjiang, donde el *Movimiento Islámico de Turquestán Oriental* (MITO), ha producido también numerosos atentados en los que se han asesinado a cientos de personas alcanzado incluso con sus ataques la Plaza *Tiananmen* de Beijing. Cuatrocientos milicianos del MITO combaten en la provincia afgana de Badakhshan, lo que podría ser considerado como un entrenamiento para regresar a Xinjiang donde se encuentra el 15% las reservas comprobadas de petróleo chino, además del 22% de reservas de gas y grandes yacimientos de materias primas y gran parte de su arsenal nuclear.

La posibilidad de establecer una avanzada en el valle de Ferganá, sin duda tendrá que ser resueltas rápidamente ya que ambas potencias asiáticas conocen muy bien la consecuencia del establecimiento de estos conflictos en su territorio.

El *Daesh Khorasán*, cada vez más afianzado en la frontera entre Afganistán y Uzbekistán, podría filtrarse hacia el valle Ferganá, al igual que el *Movimiento Islámico de Uzbekistán* (MIT), con un importante número de veteranos de la guerra siria. Cerca de unos 500 de sus combatientes operarán juntos junto al *Talibán* en las provincias afganas de Faryab, Sari Pul, Jowzjan, Kunduz, Baghlan, Takhar y Badakhshan.

Diferentes unidades del MIT, *Khatibat Imam Al-Bukhari*, *Katibat al Tawhid wal Jihad*, *la Unión Jihad Islámica*, también participan de operaciones contra las fuerzas de seguridad afganas.

Militantes de *Katibat al Tawhid wal Jihad* (KTJ) formado por combatientes uzbekos y kirguizios vinculados con *al-Qaeda* liderados por Abu Saloh, ya están operando en el Valle de Ferganá, mientras lanzaron una campaña de reclutamiento de nuevos militantes

El *Katibat Imam al Bujari* (KIB), vinculado a *al-Qaeda*, que han combatido junto al frente *al-Nusra* en Siria, y hoy de vuelta en su país, está intensificado sus operaciones al calor de la lucha de los *Talibanes*, tanto en el valle de Ferganá, como en Afganistán junto a *al-Qaeda* y los *Talibanes*, a cuyo líder el *mullah* Hibatullah Akhundzada, el jefe del Kib, Abu Yusuf Muhojir, juró lealtad como lo había hecho en junio de 2016 el *emir* de *al-Qaeda*, Ayman al-Zawahiri, quien fue el heredero de Bin Laden.

Se estima que el *Daesh*, todavía cuenta con unos 20 a 25 mil *muyahidines* que combatieron en Siria, milicianos que en su gran mayoría podrían ser enviados al norte afgano con el fin de alcanzar el valle de Ferganá, desde donde intentaría incendiar las naciones musulmanas de Asia Central, el Cáucaso y el sur de Rusia, como para que el minué sea eterno.

Asia central, opio y Afganistán

Javier Astilleros

1 agosto 2018

El Parlamento europeo cerrará los lugares de culto (es decir las mezquitas) que no respeten los valores de la Unión. Se trata de una de las **139 iniciativas** de la Comisión Especial sobre el Terrorismo.

El objetivo es que "que cierren sin demora las mezquitas y los lugares de culto y prohíban las asociaciones que no respeten los valores de la Unión e inciten a cometer delitos terroristas, al odio, a la discriminación o a la violencia". **La declaración es inquietante.** ¿Acaso hay mezquitas y asociaciones que inciten abiertamente a la violencia?. La respuesta está en el enunciado que han impulsado los eurodiputados.

La resolución debería de incluir "el fin de las relaciones con los países desde los que se financia el terrorismo, y no respeten los valores de la Unión Europea". Esta última sería una declaración osada, el resultado de ir hasta el final y la única solución posible.

Pero lo más difícil es acabar con las ideologías que animan al terrorismo. En última instancia pertenece al género de lo individual, y como actualmente **se socializa a través de internet**, es muy difícil controlar la diversidad del discurso. El resultado es que las autoridades públicas se inclinan por la auto censura, por ejemplo, en lo que se refiere a la prohibición de visitar las publicaciones en la red de contenido 'yihadista'.

Como suele ocurrir en estos casos, se ha llegado tarde. Solo un loco-hoy día- llamaría a la guerra desde un púlpito.

No queda muy lejos el tiempo en el que los fieles sentados sobre el suelo escuchaban con total libertad a oscuros predicadores, en asociaciones y mezquitas. Hablaban sobre la situación de los 'hermanos' en Pakistán y Afganistán. La opresión. Los ataques con videojuegos de drones dirigidos desde Nevada o Las Vegas. Sobre el asesinato de individuos mientras celebraban una boda.

Muchas invasiones quedan en el olvido, mientras el cultivo del opio se multiplica desde la llegada de los **libertadores de las mujeres del burka**. Pero hasta esto lo vemos con naturalidad. Cuando mayor es el delito sobre un conjunto de personas desconocidas, mayor es la indiferencia.

En definitiva era posible que un grupo de predicadores norteafricanos- sin formación conocida- relatara en un garaje del cinturón industrial de una ciudad europea (Barcelona), un crimen cometido en un país remoto de Asia, llamado Afganistán. Y esto les ofendía.

También hay otra lectura. Unos extraterrestres envían una nave espacial a una zona donde una tribu celebraba una fiesta familiar. La ovalada nave iba sin piloto, y sin embargo disparaba proyectiles. Hubo familias que quedaron como la **madera petrificada**: decenas de mujeres y niños se derritieron ante sus ojos. Luego un señor- a decenas de miles de kilómetros-hacia cábalas sobre una posible investigación, aunque no le consta una masacre de esas características. Como no había nadie en el lugar, tan solo una solitaria máquina volando sobre el inocente horizonte, no estaba claro el suceso.

Es de esperar que por varias generaciones los jóvenes de esa tribu se unan en la lucha contra el invasor.

Cuanto mayor es el crimen, más se tiene que desproveer de personalidad e identidad a victimario y víctimas. Lejos de las redes sociales, *el burócrata del mando* goza del más completo anonimato. Desde esta perspectiva no es posible identificarse con el sujeto tribal, porque nos han educado en el *rechazo a la barbarie*.

Pero el relato de los predicadores indignados siempre está sazonado de lágrimas y sollozos. Y de un carácter enérgico y violento. Por eso escogen lemas precisos e inteligibles. Saben que no todo el auditorio domina la lengua árabe. Muchos hablan el amazig, su lengua materna.

La sensación de incomodidad es general. Los sollozos dan paso a las súplicas por los

hermanos oprimidos-sin más adjetivos- en todos aquellos lugares donde hay guerra, en una interminable lista. Poco después se procede al ágape. Unos cuantos deciden volver a casa, ante la desaprobación de los escuderos del ritual. Sirven bandejas de cordero. **De las lágrimas a las sonrisas solo hay un paso.**

Los predicadores señalan el modo de *pellizcar* la carne: con los tres dedos, ‘tal y como en los tiempos del profeta’. Por lo tanto no hay cubiertos, y todos comen del mismo plato. Replegados sobre sí mismos, contenidos, murmuran y sonríen con los asistentes. Los paisanos poco a poco se van retirando. Una vez que la mezquita-garaje se vacía, los predicadores acuden al bar donde se reúnen algunos *magrebíes del hachís*. Allí los sermonean y se escucha alguna que otra discusión.

Dos percepciones quedan. La primera el sentimiento de pertenencia a una comunidad inmensa que se defiende *de los neocruzados*. Por otro lado, la identificación que se produce entre los sujetos de una violencia indeterminada en las estepas de Asia, y algunos de los inmigrantes residentes en Europa.

La demagogia se nutre de la humillación de los sentimientos . Siempre hay personas dispuestas a morir con el objetivo de restaurar la dignidad de una comunidad imaginada. No esperen que las pasiones obedezcan a la razón.

Existe un califato virtual . Pero su naturaleza contemporánea y actual obliga a vestirse con andrajos, salvo casos excepcionales. El único camino aceptado en Europa para el islam político es el de la **democracia cristiana**. Pero por razones históricas, sociales y económicas, lo probable es el fracaso. Porque su corpus doctrinal y político está tan atrofiado como un elefante de circo-maltratado- en una pequeña jaula.

‘Occidente’ dejó hace tiempo las **cruzadas confesionales**, sin embargo es muy fácil soliviantar el orgullo humillado.

Según **Adam Kuper** en *Cultura* (Paidós 2001), **Comte** y **Saint Simon** tomaron prestados los valores universalistas de la Iglesia Católica para crear una *religión del positivismo*. Su dogma central era el progreso, ‘que equivalía a una **salvación laica** del mundo. Las nociones alemanas del *bildung* (formación) y *kultur*, se engranaban con las necesidades del alma individual, valorando la **virtud interior** por encima de las apariencias externas...’.

Pero **el civismo laico** se empleó como ariete en el Norte de África, la zona más vulnerable a la penetración europea. El ejemplo de **Argelia** es el más doloroso, pero no el único. La interferencia en los asuntos internos es una constante. Y las tensiones inmensas.

Los predicadores del odio lo tienen fácil. Muchos de ellos son hábiles oradores. Las guerras se pueden explicar por sus causas económicas o energéticas. Pero hay otras profundas que no se pueden expresar por ser un tabú...europeo.

Cuando los franceses entraron en Damasco en julio de 1920, el general francés **Gouraud** visitó la tumba de **Saladino**. Luego la pisoteó, y dijo:

Despierta Saladino, hemos vuelto. Mi presencia aquí consagra la victoria de la Cruz sobre la Media Luna.

Han pasado 98 años. Y se podrá argumentar que ya no es la misma época. Pero basta con recordar como Bush y otros evangélicos utilizaron las profecías bíblicas del libro de Ezequiel para completar su plan sobre el Cercano Oriente e **invadir Irak**.

La Ruta de la Seda de China hace crecer rivalidades en Asia Central
Águeda Parra Pérez
Esglobal, 18 julio 2018

El proyecto de la nueva Ruta de la Seda de China para conectar con Europa pone

en marcha un mecanismo que simula los Estados vasallos en Asia Central, lo que provoca el aumento de tensión en la región

Han pasado cinco años desde que Xi Jinping anunciara la iniciativa de la nueva Ruta de la Seda, proyecto que está llamado a reformular los mecanismos del comercio entre China y Europa a través de corredores terrestres y rutas marítimas, tiempo suficiente para ver cómo se ha incrementado la notoriedad global del proyecto y, con ello, la imagen de China. La potencialidad atribuida a la nueva Ruta de la Seda tiene en esta primera oleada su momento más crucial, con infraestructuras ya operativas que están promoviendo una importante actividad económica en la región, mientras se reconfigura el esquema de relaciones bilaterales de China con sus socios en Asia Central y se fortalecen los vínculos entre los propios países de la zona a través de la iniciativa OBOR (One Belt, One Road).

Conocida como la iniciativa del siglo, el despliegue de OBOR está impulsando positivamente los flujos comerciales entre Asia y Europa, volumen que representa el 28% del comercio mundial, con la ventaja para China de desplegar nuevos mercados de exportación por Asia Central y de diversificar su red de transporte de recursos naturales. Mientras que para países como Myanmar y Pakistán significa elevar su integración económica regional escalando puestos en el Índice de Desarrollo Humano (IDH) de Naciones Unidas, situados en la posición 145 y 147, respectivamente. La reducción paulatina de los costes de transporte favorecerá que en los próximos cinco años países como China, Kazajistán, Rusia, Bielorrusia y Polonia puedan incrementar su comercio global un 4%, según la aproximación más conservadora del Grupo ING. Si ampliáramos el efecto de menores costes al resto de socios OBOR en Asia Central y Europa Oriental, países como Rusia, Kazajistán, Polonia, Nepal y Myanmar podrían registrar incrementos del comercio del 45% , en una estimación más optimista, donde China alcanzaría el 20%.

El *gigante asiático* tiene previsto cosechar importantes ganancias políticas centrándose en el desarrollo de regiones que tienen un déficit evidente en infraestructuras, lo que requiere una inversión colectiva en Asia de 26 billones de dólares hasta 2030, según estimaciones del Banco Asiático de Desarrollo (ADB), unos 2 billones de dólares anuales. OBOR, como proyecto global e integrador, será determinante en la región, pero la realidad muestra que China además de ser el principal promotor financiero, acapara la mayor parte del desarrollo de las iniciativas, alcanzando las compañías chinas el 89% de participación, frente al 7,6% de compañías locales y el 3,4% de empresas extranjeras, según datos de Reconnecting Asia.

Los riesgos operativos y de financiación pueden determinar retrasos y sobrecostes en el desarrollo de algunas infraestructuras, pero la viabilidad de los proyectos está más supeditada a cómo evolucionen las dinámicas geopolíticas en la región tras incorporarse China como agente de desarrollo económico y comercial. De ahí que China haya establecido cortes internacionales de mediación y arbitraje en Pekín, Xi'an y Shenzhen para resolver cuestiones legales en el ámbito OBOR.

Esta creciente presencia de China por Asia Central no está exenta de avivar rivalidades existentes, principalmente con India, que observa cómo OBOR crea alianzas con sus países vecinos. Cooperación que puede convertirse en una trampa financiera, donde afloren graves problemas de endeudamiento.

Gestión de la deuda a través de Estados vasallos

El fuerte endeudamiento que, generalmente, conlleva para los países las infraestructuras previstas en OBOR recuerda a los Estados vasallos durante la etapa imperial de China, donde los países vecinos ofrecían tributos al emperador. Lo que antes se convertía en pagos para asegurarse no entrar en conflicto con China, ahora se ha traducido en un

fuerte endeudamiento por parte de algunas economías prestatarias por desarrollar infraestructuras infrautilizadas que cosecharán beneficios en el largo plazo, pero que a China le sirven a corto para ayudar a paliar sus problemas de sobrecapacidad. Es el caso de la refinería de petróleo en Kirguistán, que operó al 6% de su capacidad en 2017, país que figura entre los 8 socios que presentan un mayor riesgo de endeudamiento sistemático, de los 68 países que agrupa OBOR, según el Center for Global Development. A este grupo también pertenecen Yibuti, Laos, Maldivas, Mongolia, Montenegro, Pakistán y Tayikistán.

La necesidad de financiación de los países no está evitando que los que participan en la iniciativa pretendan revisar los términos y condiciones que impone China, con intereses de hasta el 5%, de ahí que Pakistán haya excluido de OBOR la construcción de la presa Diamer-Bhasha por 14.000 millones de dólares, pieza clave en el compromiso de Pekín con Islamabad, para abordarla con recursos propios.

Los cambios de gobiernos están siendo también un detonante para renegociar mejores condiciones, como podría suceder tras las elecciones generales de julio en Pakistán. Reacción que ya se produjo en Nepal con la renovación del Parlamento a principios de año, que provocó la parada de una presa hidroeléctrica de 2.500 millones de dólares bajo el argumento de falta de un proceso de licitación abierto. En otras ocasiones, la presión pública es la que ha motivado la suspensión de proyectos, como la presa del río Irrawaddy, un emblemático proyecto del anterior Gobierno militar de Myanmar. Un duro golpe para las aspiraciones chinas que pensaban invertir 3.000 millones de dólares para utilizar la electricidad generada para sus propias necesidades.

India y China, duelo de titanes en Asia Central

La cuestión de la zona fronteriza de Cachemira que India disputa a Pakistán es el punto de desencuentro para que la potencia del Índico no apoye el ambicioso proyecto del Corredor Económico China-Pakistán y, por ende, la nueva Ruta de la Seda. Situación que favorece la estrategia Indo-Pacífico de Estados Unidos, de la que participa la propia India, Australia y Japón, con el objetivo de contrarrestar el poder geopolítico que China está acaparando gracias a la iniciativa.

India es consciente de que no puede recibir el apoyo financiero y las inversiones que necesita de estos socios para desarrollar sus infraestructuras, mientras que China sí dispone de los medios y la capacidad necesarios a través de OBOR. Los proyectos con Kazajistán, Kirguistán, Pakistán, Rusia, Tayikistán y Uzbekistán podrían dejar aislada a India de Asia Central, más cuando China pretende reducir la tradicional dependencia de Nepal con India a través de OBOR, generando un debate interno para elegir el mejor aliado entre las fuerzas a favor de India y las que están a favor de China.

En una relación caracterizada por la cooperación y la competición, China pretende atraer a su vecino asiático como potencial socio de OBOR en lugar de considerarle una amenaza en su estrategia, mientras que en India la iniciativa suscita una posición de mayor confrontación. Reflejo de este clima de tensión en Asia es que India haya sobrepasado a Francia en gastos en defensa en 2017, quedando por detrás de Estados Unidos, China, Arabia Saudí y Rusia, según datos de SIPRI.

La seguridad fronteriza es una necesidad para China, de ahí que extienda hacia el oeste OBOR aprovechando que Rusia ha disminuido su influencia en Asia Central y que su buen momento económico le permite enfrentar la presencia militar estadounidense en Europa y Oriente Medio. De ahí que Xi Jinping y Narendra Modi busquen para sus países un clima de estabilidad en la región que reduzca tensiones y que beneficie su propio desarrollo económico, promoviendo a través de encuentros informales un acercamiento de las relaciones bilaterales, regionales y globales que han favorecido un acuerdo de cooperación en el Corredor Económico Bangladesh-China-India-Myanmar,

además de potenciar los temas estratégicos a largo plazo como la cuestión nuclear de Irán y el avance del extremismo en la región. Sobre todo cuando la política de Washington respecto al comercio con Afganistán e Irán no beneficia el desarrollo de India, que puede encontrarse sin apoyos de sus socios del Indo-Pacífico ante un eventual conflicto con China.

Reforzando lazos con Asia Central: Pakistán y Afganistán

El Puerto de Gwadar, en Pakistán, es la infraestructura más emblemática del Corredor Económico China-Pakistán (CECP) que ya alcanza los 63.000 millones de dólares, más de ocho veces la ayuda al desarrollo proporcionada por Estados Unidos entre 2009-2014, y financiado al 80% por entidades chinas. Considerado como alternativa al estrecho de Malaca para transportar el petróleo desde el Golfo Pérsico, es el punto de unión entre la ruta terrestre y la Ruta de la Seda Marítima. Está operativo desde 2015, la empresa estatal Chinese Overseas Ports Holding Company se encarga de la gestión del puerto hasta 2059 tras la cesión del Gobierno pakistaní. La autopista Kashgar-Gwadar y la construcción de la Zona Económica Especial de Gwadar son parte del abanico de infraestructuras previstas en el CECP, aunque el foco está en los 15 proyectos energéticos priorizados por valor de 22.400 millones de dólares que eliminarán el déficit eléctrico del país en 2019. Fundamentalmente a base de carbón, aunque China invertirá 400.000 millones de dólares hasta 2030 en renovables, de forma que supongan el 20% del mix de energía.

De ahí que el salto sea extender el CECP a Afganistán, otra gran joya para OBOR, que posee un billón de dólares en recursos minerales, que conjuga el reto geopolítico con el operativo para intentar evitar interferencias de los talibanes, y reporta grandes beneficios económicos a China. También ayudará a impulsar el bajo IDH de Afganistán (169), de un total de 188 países, convirtiéndole en otro gran aliado de China, lejos del tipo de socio que le gustaría tener a Estados Unidos en Asia Central. Todos estos pasos a favor del desarrollo económico de Afganistán promovido por Pekín contrastan con la nueva estrategia de la Administración Trump de enviar tropas a la región y que está favoreciendo el distanciamiento entre ambos países.

Asia central: ¿el próximo feudo del yihadismo mundial?

Daniel Rosselló

8 junio, 2017

Cuando la guerra contra el Dáesh en Oriente Próximo termine, comenzará una persecución internacional para evitar que cree nichos de poder en otros puntos del planeta. Asia central podría ser una de las opciones del grupo, por lo que vale la pena analizar qué posibilidades hay de que esto ocurra, qué pueden hacer las potencias regionales e internacionales para evitarlo y qué consecuencias tendría para la seguridad en el continente asiático.

El cerco se estrecha sobre las ciudades de Mosul y Al Raqa, los últimos grandes bastiones de Dáesh en Oriente Próximo. El grupo, que consiguió conquistar un territorio de 78.000 km² y diez millones de habitantes en cuestión de meses —para vergüenza de las tropas iraquíes y ante la atónita mirada de la comunidad internacional—, se ve ahora al borde del precipicio. Tal vez, como Ícaro, los yihadistas volaron demasiado alto y su soberbia consiguió algo que nadie más había logrado hasta la fecha: poner a todos los

actores en su contra. Pero ¿es este su fin? ¿Se acabó para siempre el sueño del Califato Islámico para Abu Bakr al Bagdadi y sus fieles seguidores? Todo apunta a todo lo contrario, y lo cierto es que, mientras los yihadistas apuran sus últimas cargas de munición en las calles de Mosul, sus dirigentes tienen seleccionados ya nuevos escenarios para el combate y para asentar su tan ansiado Estado Islámico.

Roma no se construyó en un día, ni tampoco el califato, y los estrategas del grupo llevan desde su creación en 2014 tejiendo alianzas y extendiendo sus redes por todo el planeta. Pakistán y Afganistán, Filipinas e Indonesia, Bangladés, Nigeria, Somalia... todos estos territorios han visto bien cómo grupos yihadistas locales juraban lealtad al grupo, bien cómo una nueva célula islamista filial del Dáesh se establecía en su territorio. Entre todas las opciones disponibles, el corazón de Asia es sin duda una de las más atractivas, y el grupo podría ser el primero en encender una llama que hasta ahora no había conseguido alzarse muy alto en la región. Ello convertiría lo que hasta ahora eran bandidos obligados a ocultarse en las montañas afganas en una amenaza internacional.

Las temidas hordas de Asia

Los combatientes de Asia central no son nuevos en la lucha yihadista y junto a los caucásicos se han granjeado el respeto del resto de *muyahidines*; son aclamados como guerreros de élite dentro del movimiento y su protagonismo va en aumento. El último atentado en Estocolmo, perpetrado por un hombre de nacionalidad uzbeka, al igual que la masacre en una discoteca estambulí en una fiesta de Nochevieja y el atentado en el aeropuerto Atatürk de meses antes —donde también estuvieron implicados un kirguís y un ruso—, son solo algunas pruebas de ello. También llevan muchos años ocupando cargos dentro de la estructura de Al Qaeda.

También entre los altos mandos del Dáesh se encuentran centroasiáticos. Entre ellos podemos contar a Gulmurod Jalímov, comandante de las fuerzas especiales de Tayikistán y entrenado por EE. UU. Se unió al grupo en 2015 como comandante en jefe de la ciudad de Mosul y se le consideraba el “ministro de guerra del Dáesh”. La experiencia y formación de muchos de estos soldados es tal que algunos incluso se han convertido en formadores de expertos yihadistas, con lo que privatizan la lucha santa.

Gulmurod Jalímov, después y antes de unirse al Dáesh. Fuente: International Business Times

También la remota provincia china de Sinkiang, hogar de los uigures, una minoría musulmana cada vez más contestataria frente a los abusos y prácticas de asimilación desarrolladas por Pekín, podría ser el nuevo nicho para el califato. De hecho, ya es hogar del Movimiento Islámico del Turkestán Este (ETIM por sus siglas en inglés), vinculado con Al Qaeda y al que Dáesh ha robado ya algunos militantes.

Se calcula —pues los respectivos Gobiernos se niegan a dar cifras oficiales— que entre 2.000 y 4.000 centroasiáticos entre kazajos, kirguises, uzbekos, tayikos, turkmenos y uigures pueden haberse unido al grupo para combatir en Siria, con los uzbekos como principales aportadores a la causa, muchos de ellos procedentes del valle de Fergana. El hecho de que este país fuera el hogar de nacimiento del Movimiento Islámico de Uzbekistán (IMU por sus siglas en inglés), con fuertes vínculos con los talibanes y

asentado desde hace años en Afganistán, es clave para entender la preponderancia de este grupo poblacional. Por otra parte, las buenas relaciones que mantienen tanto Rusia como Turquía con las repúblicas centroasiáticas explica la enorme facilidad que tuvieron estos combatientes para viajar a Siria.

La primera oleada de guerrilleros de Asia central llegó en 2012, primero para formar sus propias unidades autónomas y luego para unirse a la Brigada Muhayirin —‘extranjeros’ o ‘inmigrantes’ en árabe—, integrada en el Frente Al Nusra junto al resto de rusohablantes. Posteriormente se fueron integrando en las filas del Dáesh. Todo ello puso en alerta a los Gobiernos europeos, que inmediatamente dirigieron su mirada al corazón del continente vecino, cuyos Gobiernos están pobremente preparados para hacer frente a una amenaza de este calibre. La extensión del yihadismo hacia Asia central significa, en definitiva, el nacimiento de un nuevo foco de inestabilidad en el continente en forma de base segura para yihadistas de todo el mundo, en frontera inmediata con Afganistán y con salida directa hacia Rusia —con cuya insurgencia islamista ya tienen vínculos los centroasiáticos— y China.

Pobreza y cárcel, combustibles del islamismo

Como ocurre en el resto del mundo, las causas que llevan a estos individuos a unirse a la yihad son múltiples; sin embargo, sí que podemos enumerar una serie de factores importantes. En primer lugar, es notable que muchos de estos combatientes no fueron reclutados en sus países de origen, sino en Rusia y, en menor medida, Turquía, a donde emigran para la búsqueda de trabajo y donde soportan en muchas ocasiones condiciones de explotación y discriminación, lo que los lleva a caer en las redes de radicalización.

China también mantiene la provincia de Sinkiang altamente militarizada. Fuente: BBC
Por otra parte, las repúblicas centroasiáticas son, en mayor o menor medida y a pesar de que la mayor parte de su población es musulmana, intolerantes con la práctica del islam, algo heredado de la época soviética, y se caracterizan por ser Estados represivos y con pobres oportunidades económicas. Por todo ello, el valle de Fergana, una zona empobrecida, conservadora y víctima de atrocidades como la masacre de Andiján, dividida entre tres de estos Estados y enfrentada a la frontera afgana, donde confluyen las rutas de tráfico ilegales de toda la región y las redes terroristas tejidas durante los años de guerra en Afganistán, podría ser el lugar perfecto para el establecimiento del próximo califato, rodeado de los campos de algodón de Asia central y ajeno al control directo de ningún Estado fuerte. Además, las fronteras en la región son porosas, en ella abundan recursos como el algodón y el gas —lo que convierte el valle en una zona que vale la pena defender— y consta de una joven, numerosa y creciente población, lo que significa que es una excelente fuente de reclutas.

La yihad contra los gigantes

A pesar de todo, lo cierto es que, al igual que grandes poderes han puesto todo su empeño en expulsar al Dáesh de Mesopotamia, si la mirada del grupo se posa en las estepas asiáticas, deberá combatir directamente contra los dos grandes titanes del continente, Rusia y China, cuyos intereses económicos, de seguridad e incluso su

integridad territorial pasan directamente por Asia central.

En el caso del territorio chino de Sinkiang, como ocurrió en el Cáucaso con el movimiento checheno, si la insurgencia uigur se torna en un movimiento islamista violento, la posibilidad de negociación se reducirá notablemente, lo que hará escalar el grado de violencia del conflicto y transformará un movimiento más próximo a la defensa de los derechos humanos en una insurrección separatista.

Si nos centramos en Rusia, el interés del Kremlin en afianzar los vínculos con las repúblicas del corazón del continente es creciente, pues su inestabilidad es una amenaza directa a su seguridad e intereses. Además, más allá de la represión contra todo tipo de insurgencia islámica llevada a cabo por Rusia en el Cáucaso norte —con la política de tierra quemada como máxima—, el apoyo del Kremlin a los chiíes —más odiados si cabe que los fieles de religiones ajenas al islam— pone sin duda a Rusia como enemigo número uno que abatir.

En resumen, ambos Estados verían surgir una nueva y peligrosa amenaza que no pueden de ninguna forma tolerar. Así pues, si Moscú y Pekín encuentran en el Dáesh un enemigo común, no dudarán en poner en marcha toda la fuerza de sus aparatos militares para combatirlo. Si lo unimos a que tanto China como Rusia gozan de unos estándares de respeto por los derechos humanos verdaderamente laxos, la respuesta violenta está asegurada.

Mientras tanto, los Estados de la zona ya se han puesto manos a la obra y han situado la lucha contra el yihadismo como una prioridad en sus agendas. No obstante, las respuestas a la amenaza no se han integrado en una estrategia común, lo que plantea serias dudas acerca de su viabilidad frente a un enemigo cuya principal característica es, precisamente, su capacidad para trascender —y su voluntad de romper— las fronteras de los Estados nación. Así, mientras que Kazajistán ha fomentado una mayor tolerancia de las minorías étnicas y religiosas, otros han optado por la represión —especialmente los tres que comparten el valle de Fergana, donde se ha localizado la mayor parte de la actividad terrorista—.

El poder blando como seguro de éxito

Los conflictos en los que el islamismo combatiente ha estado implicado han demostrado ser obras en dos actos: el primero, la guerra en sí misma, y el segundo, el protagonizado por los supervivientes, que han marchado a exportar lo aprendido a otros conflictos.

Para comprobarlo no hay más que observar las conexiones existentes entre los muyahidines afganos con los bosnios, chechenos, argelinos o con los miembros de Al Qaeda en la década de los 90. Un peligro similar se plantea ahora entre los centroasiáticos, muchos de ellos sino- y rusohablantes, que combaten ahora en Siria e Irak y que servirán de embajadores al resto de nacionalidades. La diferencia de los actuales guerrilleros de la yihad radica en que su número es aún mayor y en que sus redes y métodos de reclutamiento, financiación, comunicaciones y transporte están mucho más evolucionadas tras más de 20 años de yihad mundial y de desarrollo de las tecnologías de la información.

Aunque Afganistán se postulaba como el heredero de las llanuras de Nínive para dar cobijo al Califato Islámico, lo cierto es que las propias dinámicas internas del conflicto

y del islamismo afgano, dominados por los talibanes y su proyecto de tintes nacionalistas, no ofrecen muchas expectativas para el Dáesh. No obstante, este ha sido uno de los desencadenantes del desarrollo de grupos uzbekos en Siria, lo que les ha permitido crear redes internacionales. Esto, sumado al conocimiento adquirido en el pasado en Asia central y Afganistán, servirá sin duda de utilidad al Dáesh y puede suponer una excelente opción para no renunciar a su proyecto de la provincia de Jorasán. Además, los guerrilleros que han viajado a Siria no solo se han limitado a integrarse en grupos ya existentes, sino que han formado los suyos propios, lo que demuestra su capacidad de retorno y la longitud de las redes trazadas por todo el continente.

Por todo ello, está claro que la amenaza es suficientemente importante como para que el apoyo de los grandes actores internacionales esté asegurado. A pesar de todo, es también evidente la necesidad de un cambio en el tratamiento de los derechos humanos en la región, que deje de empujar a los centroasiáticos a los brazos del yihadismo y les permita recuperar la confianza en el Estado, algo que, combinado con un mayor pluralismo político e inversiones en infraestructuras y desarrollo en las regiones más pobres, como el mencionado valle de Fergana, servirá como sistema de contención del islamismo en la región. Un proceso de cambio que debería, sin duda, ser promocionado por las grandes potencias y que serviría para resolver esta amenaza de manera más sencilla y con una menor cifra de muertos.

La guerra del agua en Asia Central: el dilema del agua de Turkmenistán
Ramon E. Collado
Geopolitical Monitor, 12 enero 2016

Los países de Asia Central llevaron a cabo sus intercambios de agua y electricidad bajo unas estrictas políticas soviéticas de asignación de recursos. Después de la disolución de la Unión Soviética estos países siguieron compartiendo las principales fuentes de agua de la región, los ríos Amu Darya y Syr Darya, y el mar de Aral. Sin embargo, como el suministro de agua empieza a ser insuficiente, algunos países como Turkmenistán y Uzbekistán han empezado a mostrar su preocupación y a achacarlo a factores como el cambio climático, la mala gestión del agua, una infraestructura obsoleta, la falta de cooperación regional y un gasto desmesurado en riego agrícola. En septiembre de 2012 el presidente Karimov de Uzbekistan afirmó que “los esfuerzos de Kirguistán y Tajikistán para construir una central hidroeléctrica en los ríos que fluyen hacia Uzbekistan podrían provocar una guerra”.

En Asia Central podrían tener lugar acontecimientos catastróficos debido a la falta de agua, especialmente en países situados aguas abajo de río Amu Darya (Uzbekistán y Turkmenistán). Paradójicamente, los Estados represivos y autoritarios de Asia Central deben trabajar juntos para encontrar una solución a este problema antes de que la situación desemboque en una guerra abierta sobre el agua.

La producción de algodón en Uzbekistán y Turkmenistán supone un problema de falta de agua para los Estados ribereños del río Amu Darya (Afganistán, Turkmenistán, Uzbekistán y Tajikistán) porque estos países tienen que compartir este recurso sin ningún marco apropiado para gestionar el uso del agua ni un sistema moderno que

controle el gasto de agua. El país que más se enfrente a este dilema de compartir el agua, Turkmenistán, tiene además otros desafíos relacionados con el agua que no comparten otros Estados. El terreno de Turkmenistán es muy árido, además de tener un consumo industrial y doméstico del agua ineficaz que combinado con el uso del agua en el sector agrícola, supone un índice desproporcionado de consumo de agua. Por ejemplo, Turkmenistán consume 27.95 kilómetros cúbicos (km/a) de agua al año, lo que representa un índice de consumo superior al que tienen juntos Reino Unido (13.03 km/a), Venezuela (9.06 km/a), Zambia (1.57 km/a) y Suecia (2.62 km/a).

Turkmenistán es el Estado menos densamente poblado de Asia Central. Y lo que es más importante, a pesar de la poca densidad de población, la mayoría del territorio de Turkmenistán carece de agua y es inhabitable para plantas y animales. Además, una novena parte de la extensión territorial de la nación está cubierta de desierto (el desierto de Karakum es uno de los mayores desiertos de arena del mundo), lo que contribuye a tener un terreno muy propenso a la sequía que agrava la situación de escasez de agua.

Además de la industria (que representa el 49% de su economía), Turkmenistán es muy dependiente de la producción de algodón. Esta dependencia del algodón provoca otra dependencia de enormes cantidades de agua, lo que convierte a la escasez de agua en una amenaza para la seguridad de Turkmenistán. Esta agricultura basada en el algodón supone aproximadamente el 8% del PNB del país. Emplea además a más de 2.7 millones de turkomanos. Por consiguiente, si se interrumpe el suministro de agua es muy probable que el problema derive en un conflicto armado ya que los turcomanos tienen una fuerte dependencia de la agricultura para su subsistencia y esta agricultura fuertemente dependiente del agua depende, a su vez, de una gran abundancia de este recurso. En otras palabras, si el pueblo de Turkmenistán se enfrenta a una amenaza a la seguridad de su agua, sin lugar a dudas es posible que entre en guerra con cualquier país que altere el suministro de agua ya que sus medios de vida estarían en peligro.

También es posible que se produzca una guerra civil interna. Si el pueblo de Turkmenistán tienen que hacer frente a una situación en la que su gobierno represivo es además incompetente e incapaz de suministrar agua a la población, eso podría amenazar su ya muy débil legitimidad.

A pesar de que cuenta con importantes ríos en la zona, como el Amu Darya (de 879 millas de largo) y el Syr Darya (1.879 millas de largo), el problema de la escasez de agua de Turkmenistán es grave debido a que sus habitantes son los mayores consumidores de agua del mundo, 5.415 metros cúbicos per capita. La capital de Turkmenistán, Ashgabat, consume la misma cantidad de agua que la ciudad de Chicago, a pesar de que esta tiene cuatro veces más habitantes que Ashgabat, cuya población es de 700.000 habitantes. Está claro que la degradación medioambiental y un acceso no equitativo a los recursos naturales pueden aumentar la probabilidad de un conflicto en Asia Central y Turkmenistán desempeña un papel clave en ello.

Según un investigación de la Estrategia de la Unión Europea para Asia Central (EUCAM, por sus siglas en inglés), puede que algunas regiones no puedan seguir produciendo cosechas, lo que dejaría a comunidades enteras sin medios de vida en Asia Central. En el caso de Turkmenistán su economía se a visto afectada por la desecación del mar de Aral. La salinización de este mar ha contribuido a ello, pero la población de Turkmenistán es una de las principales causantes de la destrucción de la cuenca del mar de Aral y no el cambio climático. Además de ello, Tajikistán (en el curso del río Amu Darya) y Kirguizistán (en el del Syr Darya) son partidarios de construir presas para poder aprovechar al máximo su potencial hidroeléctrico. Sin embargo, Turkmenistán, situado aguas abajo del Amu Darya, y Uzbekistán (aguas abajo del Amu Darya y del Syr Darya) afirman que acciones no coordinadas y unilaterales pueden tener un impacto

en la seguridad del agua y ecológica de la región. Estos planes en el curso del río Amu Darya tendrán implicaciones transfronterizas para otros países que comparten esta cuenca. Por consiguiente, es fundamental equilibrar las necesidades de agua y coordinar la gestión del agua entre los diferentes sectores (industrial, agrícola y energía) de los países afectados.

La seguridad de Asia Central se basa en la dependencia mutua entre las naciones que la componen. Los países de Asia central deben abordar conjuntamente tanto las cuestiones referentes a la seguridad del agua (como el mar de Aral, los ríos Amu Darya y Syr Darya, y la presa de Rogun) como otros aspectos críticos de este problema con el fin de abordar estas cuestiones con una visión regional y encontrar así una solución colectiva y evitar una guerra regional. Los Estados de Asia Central deben ponerse de acuerdo sobre el reparto del agua y llegar a un acuerdo acerca de cómo compartir equitativamente sus recursos de agua para mantener la paz y lograr el equilibrio medioambiental en la región.

Los sectores industrial, agrícola y de energía deben actualizar sus infraestructuras para utilizar el agua con una tecnología respetuosa con el clima y evitar así el despilfarro y la destrucción de recursos hídricos como los ríos Amu Darya y Syr Darya, y el mar de Aral. Los gobiernos de Tajikistán, Uzbekistán, Kazajastán, Afganistán, Kirguizistán y Turkmenistán deben trabajar juntos para llegar a un acuerdo actualizado que regule el uso de los suministros de agua de la zona. Más concretamente, si Tajikistán quiere acabar la presa de Rogun, debe trabajar bilateralmente con Uzbekistán para llegar a un resultado que suponga una solución duradera para los problemas de falta de agua que comparten ambos Estados, un resultado que beneficie a ambas naciones y mantenga así el entendimiento regional pacífico entre los países de Asia Central.

El tablero de Asia Central
Txente Rekondo
GAIN, 23 mayo 2015

Tras el 11-s y más concretamente después de la invasión norteamericana de Afganistán, buena parte del mundo occidental “descubrió” la existencia de las nuevas repúblicas de Asia Central, surgidas tras el colapso de la Unión Soviética. Más recientemente, los acontecimientos en Kirguizistán y Uzbekistán han vuelto a poner sobre la mesa de actualidad esta región del mundo.

De nuevo, las teorías sobre el “Gran Juego” cobran protagonismo. Si no se puede acotar a una determinada zona del planeta, hoy en día todos estamos inmersos de una u otra manera en el tablero mundial de ese juego, sí es cierto que los nuevos estados de Asia Central han configurado uno de los espacios con mayor protagonismo dentro de la nueva geopolítica internacional.

Salvando las distancias y las diferencias de cada uno de estos estados, una serie de claves comunes conforman el complejo escenario de Asia Central. En primer lugar, los cambios políticos e institucionales tras la desaparición de la Unión Soviética han dado paso a unas estructuras políticas rígidas y personalistas. En segundo lugar, las élites dominantes han sido incapaces de mantener los niveles de vida y las atenciones sociales de la época soviética, al tiempo que incrementaban los índices de corrupción y amiguismo. También la dependencia en uno o dos productos (algodón o fuentes

energéticas) ha incentivado la posibilidad de crisis económicas y conflictos. Además, las desconfianzas mutuas entre los diferentes estados también han aumentado los roces y enfrentamientos en aspectos como fronteras, distribución del agua...

Otros ejes comunes en este contexto han sido el ascenso de organizaciones políticas de ámbito religioso, los problemas relacionados con el tráfico de drogas, el incremento de una población joven que ve truncadas sus expectativas en salud, educación o trabajo, y finalmente la presencia de actores extranjeros que buscan sus propios intereses (control de fuentes energéticas o aspectos geoestratégicos).

Crisis

Con este contexto, la potencialidad para desencadenar crisis de diversa índole es más que manifiesta. Además, en muchas ocasiones, la interrelación entre los factores mencionados anteriormente, ayuda todavía más a acercarse a esta compleja situación.

A finales de los años noventa, la población en Asia central se situaba en torno a los 50 millones de habitantes, y más de la mitad de ella se sitúa por debajo de los treinta años. Esta franja de la población es la que más se está resintiendo de los cambios políticos económicos y políticos de los últimos años, rompiéndose todos los parámetros de avances sociales que se dieron en los años de dominio soviético. En estos momentos, la educación ha dejado de ser gratuita, además el acceso a estudios superiores está rodeado de importantes medidas de corrupción, lo que unido a las barreras creadas entre las diferencias culturales, de género, lingüísticas o entre zonas rurales y urbanas, han hecho que el fracaso escolar alcance cifras nunca vistas en la región.

Paralelamente, esta nueva situación ha ayudado al incremento de la violencia callejera y el desempleo, lo que unido al consumo y tráfico de drogas y alcohol, y al aumento de la prostitución y del SIDA, haya conducido a este estrato de población a adoptar posturas derrotistas, a emigrar, o bien a sumarse a opciones políticas como las que representan algunas organizaciones islamistas.

Económicamente, los países de Asia central están fuertemente atados a la dependencia que supone la explotación de algodón o de los importantes recursos energéticos que se encuentran en sus territorios, fundamentalmente gas y petróleo. Las recientes crisis en torno a los cultivos de algodón (el oro blanco de la región) y el conjunto de intereses por hacerse con el control del gas y el petróleo (potencias extranjeras, corrupción...) han ayudado también a aumentar las bolsas de desempleados, creando un nuevo frente de rechazo interna en cada estado de la región.

Islam

Otra de las características de esta zona la encontramos en el papel que ha desempeñado el Islam. Si bien es cierto que las realidades en torno a este factor difieren de una república a otra, se hace necesario exponer algunos aspectos comunes que faciliten la comprensión del papel que el Islam juega en este tablero, al tiempo que nos permite huir de ciertos tópicos empleados por algunos analistas, probablemente por su desconocimiento de esta realidad.

La mayoría de los musulmanes de la región pertenecen a la escuela Hanafi (madhhab), una de las tendencias más tolerantes del mismo. Sin embargo, hoy en día la diversidad ideológica se ha incrementado. Por un lado nos encontramos con el llamado "Islam tradicional", de orientación conservadora, pero que se ha sabido adaptar a las realidades

y costumbres locales. Fruto de ello han logrado perdurar su papel en la vida social de los estados centroasiáticos hasta la actualidad. También, dentro de estas variantes estarían las corrientes sufís (sobre todo en Uzbekistán y Tayikistán) y los llamados Davatchi (los que llaman al Islam) y los tabligh, aunque su presencia no está muy extendida.

Por otra parte estarían los llamados grupos políticos en torno a organizaciones o pensamiento islamista. Destacan tres, el Partido del Renacimiento Islámico (PRI) de Tayikistán, el Movimiento Islámico de Uzbekistán (MIU), y Hizb ut-Tahrir (partido de la Liberación). A ellos habría que sumar la presencia de figuras religiosas no ortodoxas, y algunas tendencias wahhabíes o neo-wahhabíes (conviene remarcar que en Asia central, en muchas ocasiones el término Wahhabí, no está ligado a su origen saudí, sino a la presencia de extranjeros en esas organizaciones).

Mientras que el PRI, tras su participación en la guerra civil de Tayikistán adoptó una tendencia institucionalista, formando parte en la política actual del país y en sus instituciones, el MIU se configuró más como un movimiento guerrillero armado, y tras sus lazos con la red de al-Qaeda en Afganistán, seguido de la represión de los EEUU, su implantación entre la población de la región es muy insignificante, a pesar de que desde algunas fuentes, tal vez por desconocimiento o dejándose llevar por la estela mediática del grupo, lo presenten como uno de los principales actores.

Sin embargo, este papel le está reservado al Hizb ut-Tahrir. Esta organización, que aboga por la creación de un califato, es la que mejor organizada está entre la población local, con redes sociales y presencia en importantes medios religiosos de las repúblicas. Además defiende la lucha “intelectual en lugar de la violencia” para la consecución de sus objetivos. De sus filas, algo que no se produce normalmente, han salido otras dos organizaciones, el movimiento Akramiyyah (en torno al cual están los últimos acontecimientos de Uzbekistán) y Hizb-an Nusra (Partido de la Victoria), el grupo de Tashkent que en 1999 optó por una radicalización de sus acciones.

Un ejemplo de su actividad está en la desarrollada en el valle de Fergana, donde desde una pequeña comunidad islamista en Andizán, se han ido creando pequeñas industrias y empresas agrícolas, que siguiendo un programa socio-económico han logrado contrarrestar las dificultades económicas de la población y cubrir el vacío que el estado permite en la zona.

Ante esta realidad los gobiernos de Asia Central han optado en ocasiones por métodos diferentes, desde la represión en Uzbekistán, hasta la permisividad en Tayikistán. No obstante, los cinco gobiernos persiguen el control de las organizaciones islamistas, al tiempo que utilizan el Islam para la promoción personal de sus dirigentes. El control difiere también entre los diferentes estados (leyes muy severas en Uzbekistán y Turkmenistán, y más relajada en Tayikistán o Kirguizistán).

Otra característica común dentro de esa política de control, es la creación de agencias locales para dirigir los asuntos religiosos y controlar las estructuras de las estructuras religiosas. Con estas fórmulas se busca controlar la religión, al tiempo que se la intenta colocar al lado de los gobiernos locales. No obstante esta política, a tenor de los recientes acontecimientos se está demostrando que está abocada al fracaso.

“...STÁN, EL PAÍS DE...”

Los kazajos, Kazajstán: Tras el acceso a la independencia en 1991, numerosas compañías petrolíferas internacionales han buscado el control de las fuentes energéticas del país. Sin embargo, la población no se beneficia de las posibilidades que esos recursos deberían darles, la anticuada infraestructura dificulta la exportación del gas y petróleo. El país tiene unas altas tasas de desempleo, inflación y pobreza, al tiempo que la prostitución y el SIDA avanzan entre los jóvenes. La contaminación es otro punto de preocupación de esta república. En aspectos políticos, la llamada lucha contra “el terror” tiene un cooperante en el gobierno local. El pasado año más de sesenta personas fueron detenidas por su presunta pertenencia a Hizb ut-Tahrir, al tiempo que se prohibían varias organizaciones políticas.

Los kirguizes, Kirguizistán: Considerado uno de los estados más pobres de la antigua Unión Soviética, las reservas de petróleo pueden valer para el consumo local pero su explotación no es fácil. Los problemas con los vecinos (fronteras, agua) han sido fuente común de enfrentamientos. Tras el 11-s ha permitido el uso de una base a norteamericanos y de otra a los rusos. Este equilibrio político no ha garantizado la estabilidad al país, y hace unos meses una revuelta sacudió las estructuras políticas del mismo. Los oscuros intereses que se encuentran tras la misma (al hilo de la ola de “revoluciones coloristas” patrocinadas por EEUU) han dado paso a un acuerdo político entre los dos principales dirigentes opositores de cara a compartir el poder. La situación económica es muy preocupante en las regiones del sur del país, donde las tasas de paro son muy elevadas.

Los tayikos, Tayikistán: Tras la cruenta guerra civil (1992-97), el país se está recuperando lentamente, y depende en buena medida de la asistencia de Moscú, quien aprovecha esta dependencia para asegurar su presencia en la zona (la base militar de Dushanbe). La escasez de recursos energéticos le hace dependiente de sus vecinos y su difícil situación económica le dificulta el pago de los mismos. A ello se le añade la cercanía a Afganistán y ser el primer paso de la ruta del narcotráfico hacia Rusia y Occidente.

Los turkmenos, Turkmenistán: Considerado como el quinto país del mundo con mayores reservas de gas, es también rico en otros minerales y petróleo. Las dificultades para exportar todo ello le hacen que no se beneficie como debiera de esa privilegiada situación. El régimen político es de “partido único”, destacando el culto a la personalidad de su presidente Saparmyrat Niyazov. Últimamente ha desarrollado algunas leyes que permiten infringir los derechos humanos y las libertades civiles. Es también el país más homogéneo étnicamente hablando, lo que le resta algunas focos de tensión, que sí permanecen entre algunas tribus locales. Las élites locales se aprovechan de la explotación de los recursos para mantenerse en el poder, al tiempo que se enriquecen.

Los uzbekos, Uzbekistán: el país más poblado de Asia Central ha sido sacudido recientemente por la revuelta de Andizan. Denunciado por Naciones Unidas por el “uso sistemático” de la tortura y por el alto número de prisioneros, es al mismo tiempo el estado que tiene en su seno la mayor organización de fuerzas islamistas. Esto ha motivado que el gobierno incremente las medidas represivas contra esos grupos, en ocasiones de manera indiscriminada. El equilibrio del gobierno en materia de política

exterior (mantiene apoyos de EEUU y Rusia) puede acabar volviéndose en su contra. Valle de Fhergana: está región que se divide entre varias de las repúblicas, es la zona más poblada y una de las más ricas en agricultura y recursos energéticos. Al mismo tiempo es el epicentro de las organizaciones islamistas y de su compleja red de instituciones sociales y religiosas. Su orografía la hace de difícil acceso, al tiempo que permite las filtraciones entre las fronteras “oficiales” establecidas. Sirva como ejemplo la actitud del gobierno uzbeko, quien para acceder al valle mantiene un puesto de control que se asemeja a una frontera entre dos países. Con ello intenta aislar el valle del resto del país, controlando con ello el auge de organizaciones como Hizb ut-Tahrir. Actores internacionales: Tras el fin del proyecto soviético, las potencias internacionales pusieron sus ojos en esta región. Intereses como el control del gas y del petróleo, así como su importancia geoestratégica motivaron desde el primer momento los movimientos interesados. En un primer momento, actores como Turquía e Irán pretendieron aprovechar los lazos culturales e históricos para asentarse en la zona, pero el impulso de otros agentes, como EEUU, Rusia o China, les hicieron fracasar. Washington busca el control de las reservas energéticas, al tiempo que “amenazar” con su presencia a China y Rusia, y obstaculizar el papel de éstos en la región. Beijing continúa con su ayuda a los gobiernos locales para que éstos rompan con la esfera económica de Moscú o EEUU y caigan en la suya propia. Moscú no puede permitir ser desplazado de su posición, hegemónica en un tiempo, por los mismos motivos. Y más recientemente, Japón también ha entrado en la escena para defender sus intereses regionales.

¿Quién se hará cargo de Asia Central?

Fiodor Lukiánov

Ria Novosti, 28 julio 2012

El que los numerosos problemas de Asia Central no se resuelven sino se acumulan para agravarse en el futuro ya es un hecho consumado desde hace tiempo.

Los recientes acontecimientos hacen sacar conclusiones muy alarmantes: la carga negativa acumulada amenaza con pasar a la etapa siguiente.

La semana pasada, en la frontera entre Uzbekistán y Kirguizistán se produjo un tiroteo que se cobró víctimas de las dos partes. La causa fue un conflicto con los obreros que estaban reparando la carretera del lado kirguiz en el territorio disputado. Pero lo relevante no es el pretexto sino la facilidad con la que los militares de los dos países vecinos abren fuego cruzado. Por otro lado, en Tayikistán la operación contrarrevolucionaria en la región de Pamir como respuesta de las autoridades al asesinato del general del servicio de seguridad Abdullo Nazárov derivó en una batalla que se llevó decenas de vidas.

Estos incidentes no son únicos, ni nuevos. Pero los inminentes cambios en Afganistán, donde los parámetros del poder cambiarán sin duda alguna -lo que ya sirve de motivo para que se desarrolle una lucha- añaden a los acontecimientos en los países vecinos un especial matiz de peligro creciente.

Afganistán sigue siendo el factor clave de incertidumbre en toda la región. Pese a las reiteradas declaraciones de las autoridades de Estados Unidos sobre la retirada de las tropas estadounidenses en 2014, no todo está claro. La primera cuestión es si la retirada significa la salida de todos los militares o si quedan algunas fuerzas para asegurar la estabilidad. La segunda cuestión es si algunas (incluidas las más minúsculas) subdivisiones militares serán dislocadas en Estados vecinos de Asia Central. En definitiva: ¿Es posible un poder sostenible en Afganistán después de la retirada de las tropas estadounidenses? ¿Cómo será?

Por ahora, estas preguntas no tienen respuestas claras. Todas las partes interesadas, como dentro tanto fuera de Afganistán, intentan prepararse para todas las variantes. El efecto de estos cambios en Asia Central estará determinado, creo, por el comportamiento de las minorías afganas, que antes del derrocamiento del poder de los talibanes en 2001 formaron parte de la Alianza del Norte.

Los líderes influyentes tayikos y uzbekos del norte de Afganistán no creen en las perspectivas de que se mantenga el actual régimen con Hamid Karzai a la cabeza. Tampoco, por supuesto, se conformarán con el regreso a Kabul de los talibanes después de la salida de Estados Unidos. En la nueva historia de Afganistán hubo periodos en los que el poder central perteneció a las minorías (el régimen de los muyahidines, del 1992 al 1995) y a la mayoría de los pastunes (el régimen de los talibanes del 1995 al 2001). El primer periodo de los citados se caracterizó por una incesante guerra entre los clanes y grupos, y el segundo estuvo definido por la dictadura de islam en un país escindido.

La repetición de cualquiera de estos dos argumentos amenaza con consecuencias muy indeseables, pero la primera variante sería una catástrofe de verdad, sobre todo teniendo en cuenta que cada facción contará ahora con apoyo activo de fuerzas externas: de Islamabad, Delhi, Pekín, Teherán, Tashkent, etc.

En el caso de que vuelvan los talibanes, tendrán que resolver la tarea de incorporar al poder a las minorías desobedientes: a los tayikos, uzbekos, hazaros y otros. Una variante lógica sería la de intentar volver a encauzar su energía de la lucha interna a la externa, hacia el norte. Como los tayikos y uzbekos afganos están ante todo interesados en sacar provecho en su propio país, será difícil distraerles a todos de los problemas internos, pero incluso una parte pequeña de la turbulencia afgana bastaría para desestabilizar a los países vecinos en Asia Central.

En todo caso, una vez activados los diferentes grupos étnicos, confesionales y sociales de Afganistán, la repercusión en los países vecinos es inevitable.

En estas condiciones, lo que pasa con la Organización del Tratado de Seguridad Colectiva (OTSC), que acaba de celebrar su 20 aniversario, y en torno a ella, es un verdadero desastre. Debemos reconocer que los esfuerzos de Moscú por convertirla en una alianza político-militar más o menos eficiente, aplicados activamente desde finales de 2000, resultan inútiles. En junio Uzbekistán volvió a declarar su salida de la OTSC. Tayikistán y Kirguizistán no dejan de presentar problemas debido a la presencia en sus territorios de objetos militares rusos. Ya hemos descrito las relaciones uzbeko-kirguizas, pero el conflicto entre Uzbekistán y Tayikistán es más profundo aún, está al borde de una verdadera guerra fría. Además, todas las capitales de Asia Central no dejan de

especular con los problemas existentes, esperando sacar algún provecho económico o en la esfera de seguridad a cuenta de la competencia entre Rusia y Estados Unidos.

El problema de la OTSC es la baja confianza mutua entre la mayoría de sus miembros (en cuanto a Bielorrusia y Armenia, ni hablamos de estos Estados, ya que tienen agendas en la esfera de seguridad totalmente diferentes). Cuando en 2010 la alianza no logró elaborar un enfoque común para superar la crisis acuciante en uno de sus países miembros, Kirguizistán, fue un signo muy preocupante.

La incapacidad de identificar, determinar las amenazas internas y separarlas de las externas y de acordar los métodos de contrarrestarlas es un problema que no tiene solución. Durante los desórdenes en Kirguizistán los miembros de la OTSC tenían más temor a crear un precedente de intervención de Rusia en asuntos internos de algún país más que a las consecuencias de las propias convulsiones.

Entre tanto, el carácter de las amenazas en la región no permite separar ya los procesos internos de los externos. La infiltración de los extremistas desde fuera va a estimular el crecimiento de las tensiones internas, y al revés. No está claro en este caso cómo formular los criterios de la intervención. La OTSC se encuentra en un círculo cerrado.

Muchas reclamaciones contra Rusia de sus socios son justas. Es verdad que para Moscú no es fácil ver a sus aliados como a iguales. Sin embargo, las capitales centroasiáticas no deben olvidarse de un factor importante. La lucha geopolítica por la influencia en los países postsoviéticos, vista por todo el mundo como un axioma y un proceso eterno, tiene sus límites. Los sistemas de prioridades de los actores líderes (Estados Unidos, China, Unión Europea) ahora dejan relegados al segundo o incluso tercer plano a muchos de los Estados, aunque hace poco éstos les hubieran interesado mucho. Y en el caso de una situación de emergencia, puede resultar que no hay nadie que quiera intervenir y asumir responsabilidad por los problemas ajenos. Es cierto que Rusia no podrá eludir sus responsabilidades por completo, ya que las consecuencias la afectarán con mucha probabilidad. Pero también es cierto que Moscú ya está perdiendo su afán por mostrar que es dueño en dichos territorios, mientras que analiza los posibles riesgos cada más con mayor atención.

La Alianza de Países Persa Parlantes dinamiza las relaciones en el Asia Central
Juan Sánchez Monroe
Eurasianhub, 16 mayo 2012

Con la ejecución de la idea del gasoducto Irán-China y del acueducto Tayikistán – Países Árabes, se dará una nueva dimensión a las relaciones intraregionales. En recientes declaraciones el Embajador iraní en Tayikistán, Aliasgar Sherdust, informó que su país junto a Pakistán, Kirguistán y Tayikistán habían acordado la construcción de un gaseoducto que, partiendo desde Irán suministraría gas a China. Por la misma línea será construido en sentido inverso un acueducto que llevara agua potable desde Tayikistán hasta los países árabes a través del Golfo Pérsico.

Estas sorprendentes noticias, confirmadas por informaciones de los directivos empresariales de los países involucrados, nos muestran el dinamismo y la significación adquiridos por la diplomacia regional centroasiática con posterioridad a la creación de la

Alianza de Países Persa Parlantes, en julio del 2006. No es que todos los meritos sean de dicha organización, sino que a partir de su creación ha surgido un entramado de mecanismos multilaterales que funcionan de forma casi estable, y que en diferentes formatos permite la negociación y la coordinación entre los distintos actores. Y esto no se hace sobre bases geográficas, sino sobre un principio más o menos civilizatorio.

Ello explicaría la ausencia de los turcomanos en estos mecanismos. Así, son regulares los encuentros de los presidentes de Irán, Afganistán y Tayikistán; de Irán, Afganistán y Pakistán; de Tayikistán, Irán y Pakistán y, en ocasiones, de los cuatro: Irán, Pakistán, Tayikistán y Afganistán.

Es interesante notar que en el encuentro de este formato, en julio del 2009, participó también como invitado el entonces presidente ruso, Vladimir Medvedev. El gasoducto hacia China y el acueducto hacia los países árabes se unen a otros importantes proyectos de infraestructura que este grupo de países viene desarrollando en los últimos años:

- La línea férrea de Herat, Afganistán, hasta Sherhonbandar en Irán;
- La vía Ainik-Kabul-Kunduz-Bajo Piandzh-Dushambe-Oloien (Kirguistán) hasta Kashgar en China

Existe también el proyecto de construcción de línea de alto voltaje que iría de la frontera de Irán a Herat, pasando por Mazar i Sharif hasta la frontera con Tayikistán.

Como los recursos locales no siempre son suficientes, en ocasiones se ha involucrado capital extranjero en la realización de algunos proyectos. Es el caso de la citada línea de alto voltaje para el suministro de electricidad tayika a Pakistán, en el cual Rusia estaría dispuesta a invertir unos 500 millones USD, o la cuarta parte del capital necesario.

De igual manera, algunos observadores consideran que también será necesario pedir la colaboración de Rusia para la financiación del gasoducto hasta China. De esta manera dicho proyecto integraría los intereses de las dos potencias mayores de la Organización de Shanghai y visto así, su trascendencia no es solo económica, sino también geoestratégica, porque contribuye a la consolidación de esta organización que aún busca su identidad como mecanismo de integración y seguridad.

A diferencia de la mayoría de las iniciativas surgidas en el grupo persa parlante, que como regla parten de Irán, la referida a la construcción de este gasoducto vino del presidente tayiko, Emomali Rajmon, en un momento en que su país se enfrentaba a un fuerte diferendo con Uzbekistán, su hasta ahora único suministrador de gas, que le interrumpió las importaciones durante tres semanas. Irán acogió de inmediato la idea de Rajmon, no solo por solidaridad con su aliado, sino porque su materialización le permitiría neutralizar los efectos de las sanciones impuestas por Estados Unidos y la UE.

Y en esto reside, precisamente el principal obstáculo que deberá vencer esta iniciativa. Las sanciones internacionales que afectan a Irán tienen que ver con el petróleo y no incluyen las ventas de su gas. Por eso, actualmente Estados Unidos ejerce una fuerte presión sobre sus aliados y amigos para que no compren. Particularmente fuerte es la presión sobre Pakistán en un esfuerzo para que abandone el ya prácticamente concluido "Séptimo gasoducto Transnacional" que enlazará a Irán con Pakistán y en poco tiempo podrá ser extendido hasta las fronteras de India y China. Ante esta perspectiva, Washington trata de convencer a Islamabad para que sustituya esa tubería por el proyecto TAPI, que haría prácticamente lo mismo, pero desde el Turkmenistán. La buena noticia para los iraníes es que hasta ahora Pakistán no ha cedido a tales presiones. El otro obstáculo a vencer por el proyecto tayiko es Uzbekistán, que con su realización perdería el monopolio en Tayikistán, ganaría un fuerte competidor en el mercado chino y vería fortalecida la posición en la región de Irán a quien sospecha de ser el instigador del separatismo tayiko en sus ciudades de Samarcanda y Bujará.

Además de estos obstáculos habría que vencer aún la situación de inseguridad en Afganistán y de inestabilidad política en Kirguistán, a lo que se unen un relieve montañoso en ocasiones escabroso y un territorio víctima de fuertes y frecuentes movimientos telúricos. Visto solo así, podría parecer que el proyecto de Emomali Rajmon es un feto muerto, pero eso no es para nada cierto. Las dos piezas claves en este juego son Irán y Pakistán, y sus relaciones parecen estar en un momento sumamente positivo, manifiesto no solo en el incremento de los vínculos económicos, impuestos por la crisis energética de Islamabad, sino también por el creciente enrarecimiento de la atmósfera en la alianza tradicional de Pakistán con Estados Unidos, que ha llevado a los dirigentes pakistaníes a hacer pronunciamientos en ocasiones muy contundentes de apoyo político a Irán.

En una reunión sostenida los días 16 y 17 de febrero del 2012 en Islamabad entre los presidentes de Irán, Afganistán y Pakistán, Zardari aseguró al homólogo persa que su país no brindaría ningún tipo de ayuda a Estados Unidos en caso de un conflicto de éste con Irán. Días antes, Dzid Shamsul Hasan, Comisario Supremo pakistaní, había declarado en Londres que “Pakistán no tendría otra elección que apoyar a Irán en caso de que Israel lo ataque”, declaración que huele a algo así como amenaza de uso de la bomba atómica islámica. Desde luego que no se pueden sobreestimar estas declaraciones e ignorar la capacidad de influencia interna que tiene Estados Unidos en ese país, particularmente entre los militares; pero de momento ésa es la posición.

El proyecto para la construcción del gasoducto a China encaja perfectamente en la proyección de la política económica externa de la República Islámica, volcada hacia el Oriente con la ventaja de que de paso ofrece una posibilidad adicional a los países de la región que dependen de la importación del combustible azul. La iniciativa de Rajmon se beneficia también de las buenas relaciones económicas existentes entre Irán y Tayikistán, donde el primero realiza importantes inversiones en los campos de la hidroenergética, la agricultura y la industria. Su coincidencia con la política energética iraní, la convierte en un elemento más de soporte a lo que se ha dado en llamar el Plan Putin, dirigido a la creación de una poderosa estructura dentro de la Organización de Shanghai, que permita la formación de un club energético, tal y como lo propusiera en la Cumbre de los Jefes de gobierno celebrada en noviembre del 2011.

Irán y Asia Central: la estrategia del diálogo

Alexander Kniazev

Iran.ru, 23 febrero 2012

En el año 1996, el politólogo americano Zbigniew Brzezinski resucitó de nuevo el fantasma de que uno de los principales objetivos de la política exterior iraní hacia el Asia Central postsoviética es la exportación de la revolución islámica. Opiniones similares ya se han convertido en estereotipos permanentes tanto en los discursos de expertos como en la opinión pública. De cualquier manera, si se analiza la actuación de Irán en Asia Central hasta la fecha, es muy difícil ver señales de una actividad religiosa militante.

La historia postsoviética de los países del Asia Central incluye numerosos ejemplos de influencia religiosa por parte de un numeroso elenco de países: Turquía, Pakistán, Afganistán, Arabia Saudí, Kuwait...pero nada puede hacer Irán con su rama chií del Islam, en una región mayoritariamente suní que rechaza radicalmente esta doctrina. Más aún, no existe el más mínimo indicio, ni siquiera indirecto, de que esa actividad, ni

siquiera en grado tentativo, haya tenido lugar. Toda la actividad iraní se concentra en dos ámbitos: el cultural y el económico, fundamentalmente el posicionamiento táctico de la diplomacia iraní en los países del Asia Central tras la descomposición de la Unión Soviética está dirigido a garantizar una presencia permanente en todos los ámbitos de la sociedad, sirviendo como palanca para superar el aislamiento de la política y economía exteriores de Irán. El análisis de las relaciones bilaterales de la República Islámica con los gobiernos centroasiáticos es la prueba más evidente de esta actitud.

Kazajstán.

La cooperación de Irán y Kazajstán restringe parcialmente las aspiraciones del segundo de activar un vector euroatlántico en su política exterior. Más aún, la capacidad de Kazajstán para desarrollar su política y economía exteriores en su frontera Sur es rehén de la complicada relación entre Irán y los EE.UU.

En esta dinámica, la colaboración económica y los intentos para institucionalizarla se han convertido en instrumentos de confrontación. Kazajstán exporta anualmente 1 millón de toneladas de crudo a través de Irán mediante del conducto SWAP (Oleoducto del Suroeste Asiático). Se están llevando a cabo el proyecto de construcción del oleoducto Kazajstán, Turkmenistán – Irán y de un enlace ferroviario siguiendo este mismo eje (Zhanaözen – Qizilqaya – Bereket – Etrek – Gorgan). Además, en el ámbito político iraní existe una aguda percepción de la posición de Kazajstán en el equilibrio de fuerzas regional. Irán es receptivo a los intentos de Astaná de ocupar su puesto de liderazgo regional y está dispuesto a apoyarlos dado que considera beneficia a sus intereses propios. Así, por ejemplo, Irán se afana en incrementar la cooperación en un marco multilateral como la Organización de Shanghai, a la cual se ha adherido como país observador y que le permite cooperar con otras asociaciones multilaterales del antiguo ámbito soviético (OASC: Organización del Acuerdo de Seguridad Colectiva, EuroAsCE: Comunidad Económica Euroasiática) contando con el apoyo de Kazajstán.

Turkmenistán.

La principal característica de la relación entre Irán y Turkmenistán se podría definir por la inevitable atracción causada por la mutua carencia de alternativas en sus relaciones exteriores.

El aislamiento al que Irán ha sido condenado por occidente, junto con el aislamiento autoimpuesto por el gobierno de Turkmenistán, condenan esta vecindad a una activa relación bilateral. En el campo de la economía existe importantes intercambios comerciales entre las repúblicas. Ya tras la descomposición de la URSS, se crearon entre ambas enlaces ferroviarios. Existe un trasvase de gas desde Turkmenistán hacia el norte de Irán; a Irán le es más cómodo recibir gas turkmeno que extender su red de gasoductos, hacia el norte del país, desde sus propios depósitos de hidrocarburos.

Su status de neutralidad le permite a Turkmenistán maniobrar exitosamente entre las distintas potencias mundiales; por otra parte, a un Irán acosado, la neutralidad turkmena le libera una de sus fronteras permitiéndole concentrarse en las restantes.

Kirguistán.

En lo referente a Kirguistán, existe un único factor de discordia en las relaciones bilaterales: la existencia en este país de una base militar americana. Desde el año 2006, en el contexto de la amenaza americana de iniciar operaciones bélicas contra Irán, han sido hechas declaraciones acerca de la posibilidad de empleo de la base aérea de Manas, ubicada en las proximidades del aeropuerto de Bishkek, para llevar a cabo ataques aéreos sobre territorio iraní. La citada hipótesis ha obtenido tan amplia difusión e impacto que el comité parlamentario para la seguridad y defensa de Kirguistán tomo la decisión de elevar a la consideración del parlamento la denuncia del acuerdo con los EEUU para la permanencia en la ciada base aérea en territorio kirguiz; además, el

entonces premier kirguís Almazbek Atambaev realizó una declaración extraordinaria de que en ninguna circunstancia se permitiría el uso de la base aérea americana, ubicada en territorio de la república, para llevar a cabo acciones militares contra Irán. La cooperación política entre la República de Kirguistán y la República Islámica de Irán se basa principalmente en el marco de la pertenencia común a múltiples organismos internacionales. En lo que respecta a la presencia cultural y económica de la república islámica en este país, esta es inferior a la de rusos, chinos o turcos; Irán tampoco se encuentra entre los diez primeros actores del comercio exterior kirguís. Por supuesto, al igual que en otros países de la región, allí existe un centro cultural iraní aunque su actividad parece limitada a la diáspora tayika residente en territorio kirguís. En definitiva se trata de una relación carente de conflictos pero escasa de perspectivas.

Tayikistán.

El mejor nivel de la relaciones entre Irán y Tayikistán, inexistente con otros gobiernos de la región, es debido a la proximidad cultural entre tayikos e iraníes. Algunos círculos de las élites iraníes incluso perciben Tayikistán como parte de un “Gran Irán” en el marco de un concepto de “Unión Aria”, que implicaría la integración de los países persáfonos en un eje Teherán – Kabul – Dushambé.

Irán y Rusia fueron los principales actores en la finalización del conflicto civil tayiko; en la medida en que el gobierno iraní supo ejercer presión sobre la Oposición Unificada Tayika, y Moscú tomó las mismas medidas acerca de los representantes del Frente Nacional. La República Islámica y la Federación Rusa obligaron a ambos bandos del conflicto tayiko a sentarse a la mesa de negociaciones. Precisamente, en esta época, la dirección política de la R.I.I. estableció los límites de su penetración en Tayikistán: tras la descomposición de la URSS la influencia rusa en Dushambé era muy fuerte en la mayoría de los ámbitos; así se aprovecha la coyuntura para alcanzar un consenso entre la R.I.I. y la R.F.R. para delimitar sus respectivas esferas de influencia en Tayikistán. De cualquier manera, para Irán, convertirse en un socio prioritario de Tayikistán dadas las condiciones actuales de sus economía y las lamentables circunstancias de la tayika, seguramente no le venga a cuenta.

Uzbekistán.

Más complicados son los asuntos con Uzbekistán. La relación entre ambos países a lo largo de su coexistencia común ha tenido un carácter moderadamente bienintencionado, aunque no haya existido una tendencia a mejorar o incluso se haya alterado de forma generalizada la calidad de la relación.

Para muchos, esta circunspección es resultado de la política exterior proamericana de Tashkent. También ha tenido importancia la manifiesta islamofobia de los dirigentes uzbekos. A finales de los años 90 Irán colaboró activamente con el Movimiento Islámico de Uzbekistán; existió incluso una época en la que en la provincia iraní de Jorrasán hubo, y sigue habiendo según algunas fuentes, campamentos para familiares de activistas del MIU. Aunque en ellos no vivan militantes, sino los familiares que se vieron obligados a abandonar Uzbekistán, el hecho genera irritación en Tashkent. No obstante, hay que tener en cuenta que el apoyo iraní al MIU no tiene ninguna relación con una presunta “exportación de la revolución islámica”, sino que debe enmarcarse en los intentos de Irán de apartar al MIU de la influencia de Arabia Saudita y de otros círculos religiosos radicales.

Es obligado tener en cuenta que en la relación global de Irán con los países de la región, más de la mitad de los esfuerzos e iniciativas han ido dirigidas a Uzbekistán; no obstante esta actividad no ha tenido un impacto real ni en el terreno de la cooperación económica ni en el de la política, aunque una relación económico-comercial entre ambos países podría dar lugar a un desarrollo de la infraestructura de transporte (como

la autovía Tashkent – Mashad a través de territorio afgano) que tanto Irán como Uzbekistán valoran muy positivamente como de interés para toda la región. Incluso China apoya activamente este proyecto en el nivel diplomático, dado que este aseguraría el tránsito entre China e Irán, e incluso hasta los países de Oriente Próximo. En cualquier caso, la desolada situación de Afganistán constituye un freno a este proyecto.

La conclusión resultante es que, del diálogo con los gobiernos centroasiáticos, Irán obtiene bazas económicas significativas. En el marco de su expansión de la cooperación con los países de la región se refuerzan los vínculos de las comunicaciones terrestres y flujos comerciales de la región con los puertos iraníes en el Golfo Pérsico.

En lo referente al Caspio, este tiene importancia en su política exterior, tanto por su papel clave en sus comunicaciones internacionales como por constituir una base avanzada para extender su influencia en el Cáucaso Sur y Asia Central. Durante un determinado tiempo Irán contempló el proceso negociador sobre el estatuto legal del Caspio como una herramienta política para la contención de la expansión económica por parte de compañías petroleras que pretendían penetrar en la cuenca del Caspio. Aunque los recursos de hidrocarburos propios (de los principales del mundo) residan en el Golfo Pérsico esto no cambia el carácter beneficioso que reporta a Irán el actual estatuto del Caspio. Para Irán es fundamental la exclusión de la presencia militar de EE.UU. y la OTAN de la cuenca del Caspio: enfrentarse a la intervención de actores externos en los asuntos internos de esta región; esto representa la estrategia principal de la política exterior de la R.I.I en Transcaucasia y Asia Central, significativamente reforzada en la segunda mitad del primer decenio del actual siglo. Irán postula que cualquier decisión o actividad propuestas por actores externos a la región inevitablemente traerán consecuencias negativas y, particularmente, provocarán daño en la cooperación regional, rompiendo la confianza mutua, creando problemas suplementarios a los pueblos de la región.

En resumen, existe una capacidad de acuerdo y coincidencia de intereses entre Irán, Rusia y China con Asia Central que favorece una política de bajo riesgo iraní en la región; más aún, la estrategia iraní hacia los principales problemas de la región casa con los intereses estratégicos rusos en Asia Central, siendo esto un excelente requisito para la actividad cooperativa.

Alexander Kniazey, catedrático, coordinador de programas del instituto de estudios orientales de la Academia de Ciencias Rusa.

Asia Central: La reedición del gran juego

Txente Rekondo

01 Enero 2012

Las cinco repúblicas de Asia Central, conocidas en algunos medios como los "stán", adquirieron la independencia hace ahora veinte años, tras la desintegración del espacio soviético.

El colapso de la Unión Soviética dio pie a la articulación de una nueva realidad en una región que ya en el pasado fue el epicentro del llamado "Gran Juego" en las relaciones internacionales y geopolíticas, sobre todo por las disputas que en torno al control de la zona mantuvieron las potencias mundiales del momento, y que en los años finales del siglo XX se volverá a reeditar.

El nuevo panorama que se presentará estará en buena medida por la sucesión de unos acontecimientos que diseñarán el panorama futuro de los cinco estados.

Enfrentamientos interétnicos, una insurgencia islamista capaz de desafiar a los gobiernos de las repúblicas, la necesidad de articular mecanismos que identifiquen a las poblaciones locales con las nuevas realidades estatales, y también hacer frente a una nueva realidad económica radicalmente distinta a la vivida en los años de la Unión Soviética.

En esos primeros años, mientras la mayoría del mundo se centraba en la desintegración de Yugoslavia, o en los conflictos de Argelia y Afganistán, Asia Central asistía a un abanico de enfrentamientos que puso contra las cuerdas a las recién nacidas repúblicas asiáticas. Revueltas en Kirguizistán, protestas y enfrentamientos antigubernamentales en Uzbekistán, la guerra civil en Tayikistán, o las disputas en torno al Valle de Fergana, y sobre todo un evidente deterioro de la seguridad y el nivel de vida para buena parte de las poblaciones locales.

Y será en torno al 11-S y a la centralidad que adquiere en ese momento Afganistán cuando algunos medios comienzan a "descubrir" la existencia de ese "Gran Juego" que se estaba disputando en torno a esos estados, desconocidos para buena parte de Occidente y centro de tópicos y bromas posteriores (¿quién no se acuerda de la recurrente y lograda viñeta de Tasio?) con el paso del tiempo irán adquiriendo un nuevo peso en el complicado tablero regional.

El panorama que se ha encontrado en estos años puede calificarse como desolador en muchos sentidos. Las imágenes propias de un declive evidente se encuentran en el abandono de fábricas, escuelas, hospitales, instalaciones eléctricas (los cortes de luz se han convertido en algo habitual en determinadas zonas) o carreteras. Junto a ello la constatación de que cada vez escasea en mayor grado la presencia de personal cualificado para esos sectores, ya que a la poca inversión de los gobiernos se une la salida del país de muchos cuadros preparados.

Tampoco hay que olvidar la persistente corrupción que afecta a buena parte de las estructuras de los nuevos estados, con especial hincapié en la de determinados sectores de las fuerzas de seguridad. El ejemplo de los llamados "gaishniki" (nombre ruso de la antigua policía de tráfico), que no dudan en multar a los ciudadanos, evitando emitir el recibo de la sanción, y de esa manera lograr unos pequeños ingresos extras es una situación que se repite en las carreteras de los cinco estados.

Por su parte, la llamada transición política en la zona ha supuesto la transformación de buena parte de las viejas élites que han sabido dotarse de nuevos mecanismos para mantenerse en el poder. Apoyándose en la fidelidad de familias o clanes, tejiendo toda una red de apoyos en base a "servicios pagados", estos dirigentes han logrado apropiarse de las riquezas de sus países, e incluso destinar las ayudas internacionales para su propio beneficio. El control de sectores claves (gas natural, petróleo, algodón,

hidroelectricidad, aluminio) les ha permitido a esos reducidos grupos mantener sus posiciones privilegiadas y continuar enriqueciéndose, mostrando una realidad donde unos pocos reciben los beneficios mientras que la mayor parte de la población es relegada del reparto de las riquezas que hay en sus respectivos países.

Otro aspecto muy importante y que en ocasiones pasa más desapercibido es la significancia que adquieren en este nuevo contexto los bazares y mercados locales. Históricamente éstos han sido el centro de buena parte de las relaciones entre la población local. Por un lado juegan un evidente papel económico para la mayoría de la gente, y al mismo tiempo se produce un movimiento e intercambio de materias y opiniones que escapa al control de las autoridades.

Esta capacidad de actuar al margen del control de la autoridad central preocupa a las élites del poder, que no han dudado en "ubicar algunos de estos mercados en las afueras de las ciudades, poniéndolos además bajo el control de algún grupo de interés o aliado del gobierno (como ha ocurrido con el mercado de Kurgan-Tyube en Tayikistán), y en otras ocasiones cerrando los mismos, bajo excusas de "modernización" y nuevas urbanizaciones (como el mercado de Tashkent en Uzbekistán)".

Como señalaba un reputado analista, la región asiste a "una estrecha relación entre el declive generalizado y la potencialidad en aumento de un futuro más conflictivo". Y recientes acontecimientos parecen reforzar dicha teoría, como la dura represión del gobierno uzbeko hace unos años en Andijan, la violencia interétnica en Osh (Kirguizistán) el aumento de los ataques armados de la insurgencia islamista en torno a la garganta de Kamarob (Tayikistán).

A día de hoy el panorama en torno a las repúblicas de Asia Central está marcado por la crisis económica, la explotación de las ricas reservas energéticas, el auge del islamismo político más radicalizado, los movimientos migratorios, la corrupción, el tráfico de drogas, la inestabilidad política y sobre todo por los movimientos que en la región están realizando terceros actores (Rusia, China y EEUU, principalmente) y las repercusiones que en la misma puede tener el conflicto que se vive hoy en día en Afganistán.

En esa esfera internacional, donde el llamado "Gran Juego" cobra mayor relevancia, se observa cómo Rusia lleva algún tiempo intentando recomponer su área de influencia en la región. Los proyectos de la llamada "Unión Aduanera" y la "Unión Euroasiática" buscan apuntalar la presencia rusa en Asia Central, aunque en ocasiones se encuentra con la oposición de algunos dirigentes locales, como en Uzbekistán o Tayikistán.

Moscú también enfoca la situación en clave militar, consciente de los acuerdos para mantener sus bases en la zona, y temeroso de la importancia de esos estados ante un hipotético efecto dominó, que desde Afganistán se expanda hacia estos estados y acabe aumentando la tensión en torno a la explosiva zona del Cáucaso.

Por su parte, los dirigentes chinos llevan tiempo mostrando su interés y atención hacia la zona. También asisten con temor a las posibles influencias que cualquier cambio en ésta pueda tener sobre la población uighur, siempre dentro de una clave de la seguridad en sentido amplio, pero sin olvidar tampoco la posibilidad de intercambios comerciales (ventajosos para el mercado chino en expansión) o el apreciado negocio en torno a los hidrocarburos.

Estados Unidos también es consciente de la importancia regional para sus propios intereses. "Evitar el auge de Rusia o China, mantener el acceso a los recursos energéticos, frenar la expansión del islamismo militante que podría extenderse hacia Turquía u otras regiones" son algunas de las prioridades de Washington a la hora de diseñar su política de cara a Asia Central.

La fotografía más reciente de los stán

Kazajstán

El pasado día 16 esta república celebró el decimosexto aniversario de la independencia. La transformación que ha tenido lugar en estos años se puede ver sobre todo en la capital, Astana, donde las inversiones para convertirla en un lugar atractivo, una "especie de puente entre Europa y Asia" reflejan las intenciones de los actuales gobernantes. La posibilidad que otorga la inmensa riqueza petrolera y de otras fuentes energéticas ha sido clave para entender la situación.

Considerada como la más estable de la zona, eso no es óbice para que tenga que afrontar importantes retos y obstáculos. La privatización de sectores como sanidad o educación, la crisis identitaria de la población rusa, la corrupción o la situación geopolítica, con los principales actores extranjeros incidiendo en la zona.

Una de las bazas que juega el régimen son las transformaciones ejecutadas, como el nuevo puerto de Aktau, la red ferroviaria que enlaza las principales ciudades y que permite accesos hacia China. El próximo día 15 de enero tendrán lugar elecciones parlamentarias, y todos los analistas coinciden en señalar la victoria más que probable del partido Nur OTAN, del presidente Nursultan Nazarbayev. Se presentan otras ocho formaciones que aspiran a entrar a la cámara por primera vez. Las fuentes locales señalan también que habrá que ver la incidencia de las protestas rusas y el relativo fracaso de Rusia Unida pueden tener en esta cita electoral.

En los últimos meses, la "pacífica" república kazaja está siendo afectada por protestas, como la de los trabajadores del sector petrolífero de la ciudad petrolera de Zhanaozen, así como diversos ataques mortales desde octubre contra policías y militares, cuyas autorías algunos apuntan hacia el grupo islamista Jund al-Khilafa.

Kirguizistán

Atrás queda la celebración de algunos en torno a la "revolución de los tulipanes" de 2005, enmarcada en las llamadas revoluciones coloristas que buscaban un cambio de

régimen en distintos estados del antiguo espacio soviético. La ineficacia y la corrupción de los nuevos dirigentes mostraron el fracaso de dichos movimientos.

La reciente elección presidencial puede permitir una nueva coalición parlamentaria, que acabe con las incertidumbres de varios meses. Ante la necesidad de afrontar la política económica del país y una reforma judicial, se hace imprescindible una cierta estabilidad política. Los intereses de las cinco formaciones con representación parlamentaria han estado dificultando cualquier acuerdo, sin embargo muchos observadores aprecian una situación más estable que hace un año.

Las diferencias locales, en ocasiones presentadas como enfrentamientos interétnicos (como los del pasado mes de junio en el sur del estado), son uno de los problemas que deberán seguir afrontando las autoridades de la república en los próximos meses.

Tayikistán

Considerado como el menos desarrollado de los estados de la región, muchos señalan que podemos estar cerca de una especie de colapso del sistema, con grandes dificultades en el sector energético (los cortes de luz en invierno afectan cada vez a más zonas), con mayor presencia de movimientos insurgentes y un estado de corte autocrático.

El deterioro de las relaciones con Rusia, con la detención de dos pilotos rusos acusados de contrabando, junto a la deportación de emigrantes tayikos, añade más desconcierto a la actual situación.

El actual presidente, Emomali Rakhmon, ha intentado reconducir la relación con Moscú, pero de momento no se ha materializado de manera clara. Por otro lado, son cada vez más las denuncias que diferentes organismos de defensa de los derechos humanos lanzan contra el régimen tayiko. Según esas fuentes, "la brutalidad y la tortura contra supuestos narcotraficantes o militantes islamistas es usada comúnmente", y en muchas ocasiones esas actuaciones "no son denunciadas dada la percepción de impunidad que se atribuye a las fuerzas de seguridad".

Turkmenistán

También en este país se celebran elecciones el próximo mes de febrero, y en las mismas nuevamente se cree que resultará vencedor el actual presidente, Gurbanguly Berdymuhammedov. Los otros siete candidatos nominados "proceden de gobierno locales o de la industria, y cuentan con el beneplácito o autorización del gobierno central".

Según denuncian algunos observadores, se trataría con esa maniobra de dotar de una cierta credibilidad a los comicios, aunque la mayoría de la población no duda del aplastante triunfo de Berdymuhammedov.

La riqueza de este estado le ha permitido hasta el momento mantenerse en una situación relativamente privilegiada frente a otros vecinos, sin embargo ya se empiezan a

observar algunas tendencias negativas que se vienen produciendo desde hace tiempo en los estados de Asia Central.

Uzbekistán

El presidente uzbeko, Islam Karimov, es junto al máximo dignatario kazajo, el único líder de la región que ya estaba en el poder cuando se materializó la disolución del espacio soviético. Karimov ha logrado mantener un sistema político basado en los clanes y en las relaciones clientelistas, y todo ello en las diferentes regiones del país.

Con una economía centralizada y basada sobre todo en la producción de algodón (el llamado oro blanco uzbeko), Uzbekistán ha mantenido una posición muy severa contra la disidencia de todo tipo, sobre todo con las expresiones de islamismo político de algunas zonas. Al mismo tiempo mantiene serias diferencias con Tayikistán en materia de agua y recursos energéticos, rodeado en muchas ocasiones de chistes y tópicos despectivos hacia sus vecinos.

A medio o largo plazo hay quien señala la futura sucesión de Karimov como una situación que puede dar pie a una realidad conflictiva, con divisiones dentro de la élite del poder, oportunidades para que el islamismo militante juegue sus bazas, y todo ello con un importante crecimiento demográfico, y con la tendencia de los últimos años de la población de desplazarse hacia los centros urbanos.

Y a corto plazo, los recientes atentados contra la línea ferroviaria que une esta república con Tayikistán, pueden indicar la reaparición de esas manifestaciones islamistas armadas que en el pasado fueron la excusa utilizada por el régimen para incrementar la represión contra la disidencia.

Valle de Fergana

No es un estado, sino que es una zona donde convergen tres de las repúblicas de la región, Uzbekistán, Tayikistán y Kirguizistán, y durante estos años ha sido foco de atención por problemas y conflictos de índole político, demográfico o étnico.

El acceso a este rico valle (petróleo, gas, jade, algodón) desde territorio uzbeko da la sensación de atravesar una frontera dentro del país (los controles militares al llegar a un paso montañoso para descender al valle son lo mas parecido a un puesto fronterizo). Unido ello a la importante presencia de organizaciones islamistas, que a pesar de la represión han podido mantener sus estructuras, y en ocasiones generan un cierto respeto o temor entre los uzbekos que están de paso en la zona, en parte debido a la propaganda oficial que hace del valle "un nido de barbudos jihadistas" y a la proliferación de mezquitas (muchas patrocinadas por las monarquías del Golfo).

En estos veinte años, se han sucedido graves disturbios en las ciudades uzbekas de Andijan y Namangan, la guerra civil de Tayikistán ha tenido influencia directa en la zona, como también lo han tenido los enfrentamientos del sur de Kirguizistán. Y la

situación sujeta a todo tipo de presiones, como las señaladas anteriormente, hace que el valle de Fergana siga siendo un potencial epicentro de una mayor inestabilidad regional.

Tayikistán, la caldera a presión de Asia Central

Eurasian Hub

18 enero 2011

Tayikistán es uno de los cinco “tanes” o repúblicas del Asia Central ex soviética. No es de las más conocidas por el gran público, ni la más rica. No posee los recursos energéticos ni la extensión de un Kazajistán o un Turkmenistán. No cuenta con la fuerza de un Uzbekistán. La pequeña Tayikistán tiene un perfil similar al de Kirguistán, república que aparecía muy pocas veces en la prensa occidental hasta 2005, pero que desde entonces, y sobre todo en los últimos meses, ha ocupado incluso algunos titulares de portada. Pues bien: Tayikistán podría ser el siguiente caso de crisis aguda crónica en la zona. Y entonces ya serían tres, si contamos con Afganistán.

Lo más visible es el brote de insurgencia islámica que vive el país, y que es continuación de la guerra civil que sufrió ya entre 1992 y 1996, y que pasó ampliamente desapercibida en la prensa occidental, a pesar de sus entre 30 y 50.000 muertos. Ahora, las débiles fuerzas armadas de Tayikistán acaban de enfrentarse con fortuna desigual a un nuevo y virulento brote guerrillero, cuya identidad y filiación continúan en entredicho. Se barajan diversas posibilidades que incluyen la infiltración de talibanes desde el vecino Afganistán, reaparición de los antiguos combatientes islamistas locales, o incluso la actuación de un enigmático **Movimiento Islámico de Uzbekistán**.

Desde el poder, el autócrata **Emomali Rajmon**, ha aprovechado la coyuntura para atacar y suprimir cualquier viso de oposición, sea cual fuere su naturaleza. Y es que el régimen de Tayikistán, autócrata y con ambiciones dinásticas, se ha apoderado de todas las palancas económicas y políticas del país, y anda sumido en una profunda corrupción que pesa, y mucho, sobre los hombros la población. Por si fuera poco, el gobierno tayiko se ha embarcado en el faraónico proyecto de levantar la presa más grande del mundo, para solventar sus necesidades energéticas, descabalandando de esa forma el equilibrio de recursos hídricos con su vecino Uzbekistán. Éste respondió con un bloqueo de sus fronteras terrestres, que al coincidir con unas fuertes inundaciones y con la interrupción de las comunicaciones entre Tayikistán y Rusia -por una supuesta epidemia de polio-, puso al país de rodillas. Sólo la intervención de Irán (Tayikistán es un país de cultura persa), amenazando a Uzbekistán con un placaje similar, consiguió paliar la situación, al menos de momento.

Pero los problemas con el poderoso vecino no terminan ahí. Uzbekistán, país de complicadas relaciones vecinales con Tayikistán, teme que su peligrosa oposición islamista se haga fuerte en un valle que comunica el norte de Afganistán con el de Fergana, en Uzbekistán. Precisamente, los enfrentamientos con los islamistas de hace unas semanas, tuvieron lugar en el **valle de Rasht**, en el sur del país. Y para mayor complicación, el régimen del autócrata **Rajmon** se apoya en un clan procedente de **Kulyab**, al Sureste de Tayikistán y vecino al valle de Rasht.

Mientras tanto, el juego de Washington y Moscú no queda claro. Resulta evidente que la situación ha generado gran alarma, tanto en el vecino Uzbekistán como en CENTCOM, el mando de EEUU encargado de, entre otros frentes, llevar a cabo la intervención militar en Afganistán. Los americanos temen el colapso del débil Estado tayiko y la extensión de la guerra por las repúblicas ex-soviéticas que constituyen la base logística para su campaña militar. Por otra parte, hay pistas de que, una vez más en

el escenario de Asia Central, rusos y europeos están actuando de común acuerdo: Moscú mantiene una división mecanizada en **Dusahnbe**, la capital, y con ello garantiza esa estabilidad que los occidentales aspiran a conservar, a toda costa. Si es necesario, Uzbekistán podría intervenir a favor del clan de **Rajmon Emomali**, cosa que ya hizo en el pasado. Y europeos y americanos se están acercando a Uzbekistán, cuando el deterioro de la salud del autócrata **Islam Karimov** abre nuevas interrogantes también en ese país. Moscú tiene ahora la sartén por el mango en buena parte del Asia Central, y no es de extrañar que le esté pasando a Bruselas facturas atrasadas al cobro. Por ejemplo, en relación a Kosovo, y la apertura de las puertas de la UE a Serbia. Mientras tanto, lo que no está tan claro es el grado de complicidad de Bruselas-Moscú con Washington.

Y fuera de este juego tan opaco, a un nivel superior y más concreto, el ganador por puntos está siendo la República Popular China, que se ha aprovechado del aislamiento internacional de Tayikistán para convertirlo virtualmente en un protectorado. China ha monopolizado los préstamos a la república centroasiática, superando su capacidad financiera para devolverlos. Además, capital chino ha penetrado las principales empresas estatales haciéndose con el control de la minería, transporte e infraestructuras. Empresarios de la superpotencia asiática recorren el país a la caza de empresas en quiebra, consiguiendo también el control de la producción de materiales de construcción y para el desarrollo de la industria, especialmente la metalúrgica. Gato blanco, o gato negro, Pekín se lo lleva de nuevo al agua.

Kirguistán, amenazas sobre la estabilidad de Asia Central

Vicken Cheterian

Le Monde diplomatique, 27 julio 2010

Los enfrentamientos a sangre y fuego que han tenido lugar en el sur de Kirguistán en el mes de junio marcan una nueva escalada en la gran crisis política y social que sacude el país. Mientras Afganistán se hunde en la guerra y la represión contra los uzbekos se amplifica peligrosamente, esos sucesos despiertan, además, el miedo a un conflicto interétnico que podría extenderse en Asia central.

En abril de 2010, el movimiento popular que surgió unos días antes en Talas, al norte, se propagó a Bichkek, la capital, obligando al presidente Kurmanbek Bakiev a huir del país. Los enfrentamientos entre las fuerzas del orden y los manifestantes enfurecidos por la subida de los precios de la energía y por la corrupción endémica causaron 84 muertos y miles de heridos. A mediados de mayo, atrincherados en su feudo de Djalalabad en el sur, algunos cientos de partidarios del presidente derrocado consiguieron tomar el control de la administración local durante algunas horas, antes de que los desalojaran los «contramanifestantes». Estos últimos, la mayoría uzbekos, tienen el apoyo de Kadirjan Batirov, un poderoso hombre de negocios de la región, ex parlamentario y propietario de la Universidad de la Amistad del Pueblo de Djalalabad. A continuación los alborotadores saquearon e incendiaron las casas de la familia Bakiev (1). Las escaramuzas dejaron dos muertos y numerosos heridos.

El 10 de junio Och, la segunda ciudad del país, se convirtió en escenario de pogromos antiuzbekos. Bastó un incidente menor, una simple pelea entre grupos de jóvenes, para que las rivalidades políticas se transformasen en un conflicto interétnico que causó

2.000 muertos (cifras extraoficiales) y provocó la huida de 300.000 uzbekos, de los que 85.000 estarían refugiados en Uzbekistán. El derrocamiento del presidente Bakiev parece el responsable de la ruptura del frágil equilibrio que existía entre las comunidades kirguisas y uzbeas en el sur del país.

No es seguro que el retorno de los refugiados y los resultados del referéndum constitucional del 27 de junio basten para apaciguar las tensiones. Las narrativas divergentes de los sucesos ilustran la profundidad de la grieta entre ambas comunidades. Las declaraciones de las autoridades kirguisas aparecen confusas y contradictorias, sólo reconocen 275 muertos y acusan unas veces al entorno del ex presidente Bakiev y otras a mercenarios extranjeros a sueldo del antiguo régimen de estar en el origen de las exacciones. La versión oficial definitiva, presentada por el jefe de los servicios de seguridad kirguisos Keneshbeck Dushebaev, mantiene que Maxim Bakiev, el hijo del ex presidente (arrestado por la policía en el Reino Unido el 13 de junio), recurrió a los servicios de activistas asociados al movimiento talibán y a al-Qaida, el Movimiento Islámico de Uzbekistán (IMU), con el objetivo de desestabilizar el gobierno provisional (2). En la población kirguisa, numerosas voces recuerdan que los uzbekos viven bien en Kirguistán y son prósperos económicamente; es decir, que no tienen ninguna razón para quejarse: ambos pueblos son hermanos y las horas sombrías pertenecen al pasado.

Los uzbekos tienen otra versión de los hechos. Rechazan las acusaciones según las cuales los extremistas uzbekos serían responsables de las masacres y se consideran las primeras víctimas de las violencias del mes de junio. De vuelta en sus barrios de Och o en sus pueblos de los alrededores, siguen traumatizados. No sólo se sienten víctimas de las bandas que los atacaron, sino también de la policía y los militares kirguisos que se unieron a los alborotadores y abrieron fuego. Para ellos no existirá una cuestión de perdón hasta que no se haga justicia.

Las organizaciones internacionales y los medios de comunicación rusos y occidentales corroboran esta versión a la vez que informan de nuevas persecuciones contra los uzbekos y contra los militantes y periodistas que investigan el papel del ejército (3). Acusado de «incitación a la violencia masiva» (4), Azimzhan Askarov, un defensor de los derechos humanos de Bazar-Korgon fue detenido y golpeado en las dependencias policiales. Una militante de Bishkek, Tolekan Ismailova, tuvo que huir del país tras recibir amenazas de muerte. La contradicción de las narrativas de los sucesos de junio, la actitud «antiuzbeka» de la policía kirguisa y el sentimiento de injusticia de la población uzbea son otros tantos elementos que harán que el sur de Kirguistán siga siendo, en los próximos meses, una zona de turbulencias.

Varios observadores han invocado «la herencia soviética» o una «historia de violencias» para intentar explicar semejante conflagración. Es cierto que, en junio de 1990, la distribución de tierra a los uzbekos en la región de Och desencadenó disturbios, causando varios cientos de muertos (oficialmente 300) en Och y Uzgen. Las organizaciones internacionales alertaron entonces a la opinión pública y expresaron sus inquietudes con respecto al futuro del valle de Ferghana, una de las regiones más fértiles (pero también de las más contaminadas) de Asia central. La desintegración de la Unión soviética, la emergencia de fronteras internacionales, la explosión demográfica y la competición por las tierras de cultivo y el acceso al agua (5) aparecen como otros tantos factores de exacerbación de las tensiones.

Sin embargo otro análisis es posible. Durante veinte años, la región no ha conocido ninguna explosión de violencia. A falta de un árbitro externo (el Kremlin), el consenso postsoviético entre los diferentes grupos étnicos del sur del país se basaba en la división

simbólica del espacio público: los kirguisos tenían la administración mientras que los uzbekos poseían las tierras agrícolas y hacían fructificar el comercio. Las evoluciones socioeconómicas de los últimos veinte años han vuelto insostenible esta repartición. Empobrecidos por el cierre de las fábricas soviéticas y la falta de subvenciones públicas, los kirguisos no han podido mantenerse en los pueblos de montaña o en las ciudades industriales del valle. Con la esperanza de aprovechar los frutos de una economía dominada por los uzbekos emigraron hacia Och o Djalalabad. Así, las relaciones entre ambas comunidades no han dejado de deteriorarse. El presidente Askar Akavev, en el poder de 1990 a 2005 y originario del norte, trabajó para mantener el equilibrio entre las poblaciones kirguisas y uzbekas del sur. Bakiev, cuando asumió el poder, optó por favorecer a los kirguisos, reavivando así los resentimientos entre las dos comunidades. Los uzbekos también tienen sus reivindicaciones: Kadirjan Batyrov reclama, por ejemplo, el reconocimiento de la lengua uzbeca como idioma oficial de Kirguistán.

En mayo de 2010 sus partidarios se sumaron inicialmente al gobierno provisional de Bichkek. Sin embargo, durante las violencias interétnicas que estallaron y en las que la policía y el ejército abrieron fuego contra la multitud y los barrios uzbekos, las autoridades de Bichkek no vinieron en su ayuda. Eso indica, por una parte, que el gobierno provisional no tiene ningún control sobre sus propias fuerzas armadas, y por otro lado que la situación política ha cambiado. Bichkek ha mantenido la fecha del referéndum constitucional mientras en Och las tensiones permanecían muy vivas, demostrando de esa forma una indiferencia total ante el derecho de las víctimas. En su descargo, es cierto que el Gobierno dispone de un margen de maniobra muy débil. El país está en bancarota y los sucesos de 2005 y 2010 demuestran que algunos miles de manifestantes podrían bastar para derrocar un régimen sin levantar la emoción de ninguna potencia extranjera.

Inmediatamente después de los disturbios, Roza Otunbayeva, quien dirige actualmente el gobierno provisional, llamó a las dos cabezas del ejecutivo ruso, el presidente Dmitri Medvedev y el Primer Ministro Vladimir Putin, con el fin de pedirles ayuda militar. Rusia, que antes de los sucesos había dado a entender que estaba considerando el establecimiento de una base militar en Och, rechazó la eventualidad de una intervención directa en Kirguistán. Probablemente Moscú guarda un mal recuerdo de su última intervención en la región en los años 90. Entonces las tropas rusas intervinieron para calmar tensiones de la misma naturaleza y todas las partes implicadas se volvieron inmediatamente contra el antiguo «centro» acusándolo de alimentar la discordia para justificar una acción militar. En la actualidad cualquier injerencia extranjera por invitación de un gobierno inestable expondría políticamente a cualquier tercer país en caso de un nuevo cambio de régimen.

Tras las violencias perpetradas el 7 de abril en Bichkek, la Organización de las Naciones Unidas (ONU), la Organización para la Seguridad y la Cooperación en Europa (OSCE) y varios países, entre ellos Estados Unidos, propusieron la creación de una misión internacional de investigación sobre las violencias. No obstante el establecimiento de un proyecto semejante exige una voluntad real, ya que investigar sobre el comportamiento de la policía y el ejército kirguisos podría tener un precio político que la comunidad internacional puede que no esté dispuesta a pagar. La OSCE finalmente consiguió convencer a Bichkek de que aceptara el despliegue de una cincuentena de policías en el sur de Kirguistán incluso mientras la represión contra los uzbekos se amplifica en lo que la Alta Comisaria de las Naciones Unidas para los Derechos Humanos, Navi Pillay, calificó de «auténtico clima de terror» (6).

Kirguistán se niega a admitir el carácter étnico de los sucesos y teme que se empañe la buena imagen que logró cultivar desde su independencia, la de una democracia liberal

digna de la generosidad de una ayuda internacional de la cual es muy dependiente. Uzbekistán es el único país capacitado para intervenir. Dispone de una potencia militar de 100.000 soldados frente a los 12.000 de Kirguistán y posee bases a lo largo de la frontera. Tachkent habría podido utilizar fácilmente el argumento étnico para justificar una intervención. Sin embargo el presidente uzbeko ha declarado que su país no intervendrá, añadiendo que el conflicto no es interétnico, sino el resultado de un complot urdido por una potencia extranjera. Uzbekistán, que en un principio recibió entre 80.000 y 100.000 refugiados, se aseguró de que las personas desplazadas permanecieran acantonadas en los campos provisionales y los ha devuelto tan pronto como acabaron las violencias.

Entre los factores de explicación de semejante prudencia el primero es en realidad la ideología de unión nacional a la cual eligió alinearse el país tras la caída de la Unión Soviética. No teniendo por qué reivindicar él mismo una identidad étnica, le resulta difícil utilizar tales criterios para intervenir en Och. El segundo factor se refiere a los orígenes de sus clases dirigentes. Procedentes la mayor parte de Samarkanda y Tachkent, alimentan una profunda aversión por los grupos políticos del valle de Ferghana y desconfían desde hace muchos años de los grupos uzbekos del sur de Kirguistán, de los que sospechan que apoyan a los grupos islamistas radicales.

Al final de la Guerra Fría, durante el desmembramiento del sistema socialista, las reivindicaciones nacionalistas provocaron los disturbios en el Cáucaso y los Balcanes. En el Cáucaso el nacionalismo fue una fuerza revolucionaria, y la alianza entre la intelectualidad disidente y la movilización popular consiguió eliminar a los antiguos dirigentes de la era soviética. En la ex Yugoslavia, por el contrario, fue la *nomenklatura* local quien se reivindicaría nacionalista para legitimar su dominación política.

En ambos casos esas evoluciones engendraron las guerras que causaron cientos de miles de muertos y arrojaron a los caminos millones de refugiados. En Asia Central, a pesar de los conflictos interétnicos, el nacionalismo permanece marginal ya que fue ahogado por los dirigentes soviéticos, todavía en el poder, una clase vigilante cuya sucesión permanece incierta. Si los sucesos de Och despertasen el nacionalismo uzbeko podríamos asistir al cuestionamiento de varias fronteras. La etnia uzbeka, que constituye la mitad de la población de la región, también está presente en varios países vecinos. El nacionalismo uzbeko podría encontrar en el islamismo (7) un aliado objetivo, como es el caso de los talibanes en el vecino Afganistán. En el momento en que Estados Unidos evoca una próxima retirada de Afganistán, la inestabilidad de Asia Central debería preocupar a la comunidad internacional.

Notas:

(1) Kuban Abdymen, « Kyrgyzstan: Agenda seen behind ‘ethnic’ clashes », IPS, 24 de mayo de 2010.

(2) Daniyar Karimov, « International terroristic organizations are to organize new unrest in south Kyrgyzstan », *24.kg*, 24 de junio de 2010.

(3) Andrew Kramer, « Uzbeks Accused of Inciting Violence in Kyrgyzstan », *The New York Times*, 1 de julio de 2010.

(4) Amnesty International, « Fears for safety of uzbek activist detained amid Kyrgyzstan violence », 18 de junio de 2010.

(5) Vicken Cheterian, « La vallée de Ferghana, cœur divisé de l’Asie centrale », *Le Monde diplomatique*, mayo 1999.

(6) Centre d’information de l’ONU, « Kirghizistan : l’ONU dénonce un climat de terreur dans le sud du pays », 20 de julio. Leer también « Kirghizistan: MSF dénonce des “rafles” », AFP/ *Le Figaro*, 21 de julio.

(7) Vicken Cheterian, « L’Asie centrale entre nationalisme et islamisme », *Le Monde*

diplomatie, marzo de 2005.

Vicken Cheterian, periodista, es autor de *War and Peace in the Caucasus: Russia's Troubled Frontier*, C. Hurst - Columbia University Press, New York, 2009.

Kirguizistán y la batalla por Asia Central

Rick Rozoff

Global Research, 12 abril 2010

El Presidente kirguiz Kurmanbek Bakiyev fue depuesto cinco años después y de la misma manera en la que llegó al poder: mediante un levantamiento sangriento.

Elegido presidente dos meses después de la denominada Revolución de los Tulipanes de 2005, que ayudó a fraguar, fue desde entonces el jefe de estado de la principal nación de tránsito en la guerra de EEUU y la OTAN en Afganistán.

El Pentágono aseguró la Base Aérea de Manas (conocida a partir del año pasado como el Centro de Tránsito de Manas) en Kirguizistán poco después de haber invadido Afganistán en octubre de 2001, y en todo ese período, según una publicación de las fuerzas armadas estadounidenses del pasado junio: “Más de 170.000 integrantes de la coalición han pasado por la base en su camino de ida o vuelta de Afganistán; Manas era también el punto de tránsito para 5.000 toneladas de carga, incluidas piezas de repuesto y equipamiento, uniformes y diversos artículos destinados a apoyar al personal y las necesidades de la misión.

“En la actualidad, alrededor de mil soldados estadounidenses, junto con algunos cientos de España y Francia, están asignados en la base”. [1]

El Representante Especial de la Casa Blanca para Afganistán y Pakistán, Richard Holbrooke, visitó Kirguizistán en febrero en su primer viaje en el puesto –y también las otras tres ex repúblicas soviéticas de Asia Central que la bordean: Kazajstán, Tayikistán y Uzbekistán- y declaró que: “35.000 soldados pasaban en tránsito por allí cada mes en su camino de ida y vuelta a/de Afganistán” [2]. Al ritmo que mencionó, unos 420.000 soldados al año.

EEUU y la OTAN establecieron también bases militares en Tayikistán y Uzbekistán para la guerra en el Sur de Asia, pero a menor escala. (A las fuerzas del ejército estadounidense se les ordenó salir del segundo país cuando el gobierno uzbeko afirmó que se había producido un levantamiento armado, tipo Revolución de los Tulipanes, en su provincia de Anidjan, menos de dos meses después del precedente kirguiz. Alemania mantiene una base cerca de la ciudad uzbeka de Termez utilizada para tránsito de tropas y equipamiento militar hacia la provincia afgana de Kunduz, donde se concentra el grueso de sus 4.300 soldados).

En febrero de 2009, el gobierno kirguiz anunció que iba a desalojar también de su país a las fuerzas de EEUU y de la OTAN, pero acabó cediendo en junio cuando Washington ofreció 60 millones de dólares para que revocara su decisión.

Kirguizistán es fronteriza con China.

No sólo bordea China, Kazajstán, Tayikistán y Uzbekistán, sino que está separada de Rusia por una única nación, Kazajstán. Para poder valorar las preocupaciones rusas y chinas por los cientos de miles de soldados estadounidenses y de la OTAN pasando a través de Kirguizistán, imaginen que una cantidad parecida de soldados chinos y rusos pasaran regularmente a través de Méjico y Guatemala, respectivamente. Durante casi nueve años y a un ritmo acelerado.

El papel que para Occidente juega Kirguizistán supone para Rusia y China no sólo un

“poder militar duro” sino también una amenaza de “poder suave”.

La nación forma parte de la post-soviética Organización del Tratado de Seguridad Colectiva (CSTO, por sus siglas en inglés) junto con Rusia, Armenia, Bielorrusia, Kazajstán, Tayikistán y Uzbekistán –visto por muchos como la único homóloga de la OTAN en el antiguo espacio soviético- y de la Organización para la Cooperación de Shanghai (SCO, por sus siglas en inglés) junto a China, Rusia y las tres naciones centroasiáticas anteriormente mencionadas.

Según oficiales estadounidenses, durante y después de la Revolución de los Tulipanes de 2005, no se canceló, ni siquiera se retrasó, un solo vuelo de EEUU o de la OTAN. Pero sí se cancelaron unos ejercicios de las seis naciones de la CSTO que iban a tener lugar unos días después.

El levantamiento y el derrocamiento del presidente Askar Akayev en marzo de 2005, fue la tercera autodenominada “revolución de color” en la antigua Unión Soviética en dieciséis meses, tras la Revolución de las Rosas en Georgia, a finales de 2003, y la Revolución Naranja en Ucrania, a finales de 2004 y principios de 2005.

Cuando la versión kirguiz estaba en marcha, los medios de comunicación occidentales se estaban haciendo ya la pregunta, “¿Quién es el siguiente?”. Entre los candidatos figuraban otros estados ex soviéticos como Armenia, Azerbaiyán, Bielorrusia, Kazajstán, Moldavia y Uzbekistán. Y Rusia. Junto con Georgia, Ucrania y Kirguizistán, esas naciones suponían diez de los doce miembros de la Comunidad de Estados Independientes (CIS, por sus siglas en inglés) ex soviéticos.

Como la *Agence France Presse* detallaba a primeros de abril de 2005: “La CIS se fundó en diciembre de 1991, el mismo día en que desapareció la Unión Soviética... Pero en el año y medio último, tres fieles aliados del Kremlin fueron derrocados por... revoluciones: Eduard Shevardnadze en Georgia, Leonid Kuchma en Ucrania y, la pasada semana, Askar Akayev en Kirguizistán... Aunque los nuevos dirigentes interinos de Kirguizistán hayan hecho votos por continuar con las políticas de amistad de su depuesto predecesor hacia Moscú, el veloz derrocamiento del gobierno ha generado que se empezara a especular con que la CIS se vendría pronto abajo”. [3]

Mijail Saakashvili, de Georgia, el dirigente del prototipo de las “revoluciones de color”, se regodeó con el “cambio de régimen” kirguiz, atribuyendo las “valientes” acciones de la oposición en Ucrania y Kirguizistán al “factor Georgia”, y añadió: “No vamos a esperar el desarrollo de los acontecimientos, sino que vamos a hacer cuanto podamos para destruir el imperio en la CIS”. [4]

Poco después del levantamiento, el ex diplomático y analista político indio M. K. Bhadrakumar escribió del entonces al parecer inexorable *momentum* de las revueltas de “color” en la ex Unión Soviética:

- “Todos y cada uno de esos tres países [Georgia, Ucrania, Kirguizistán] están estratégicamente situados en el espacio post-soviético. Conforman el ‘extranjero cercano’ de Rusia.
- “Washington ha estado en los últimos años ampliando su influencia en el arco de las antiguas repúblicas soviéticas –en el Báltico... el Cáucaso y Asia Central- con una tenacidad que preocupa en Moscú.
- “Desde 2003, cuando el Sr. Akayev decidió permitir que Rusia estableciera una base militar de pleno derecho en Kant, sabía que estaba en la ‘lista de observación’ estadounidense. La temperatura política en Kirguizistán empezó a subir.
- “Los estadounidenses dejaron bien claro en muchos sentidos que deseaban un cambio de régimen en Bishkek... La ‘revolución’ en el estado centroasiático de Kirguizistán ha revelado diversas sorpresas. Un buen punto de partida será compararla con las dos “revoluciones de color” anteriores acaecidas en Georgia

y Ucrania.

- “En primer lugar, deben señalarse debidamente las sorprendentes similitudes entre las tres ‘revoluciones’. Se quiere hacer creer que las tres vienen a significar la imparable propagación del fuego de la libertad encendido por Estados Unidos en Afganistán e Iraq tras el 11-S.
- “Pero detrás de toda esa retórica, la verdad es que EEUU quería cambios de régimen en Georgia, Ucrania y Kirguizistán debido a sus dificultades con el liderazgo existente. Los dirigentes de los tres países –Eduard Shevardnadze en Georgia, Leonid Kuchma en Ucrania y Askar Akayev en Kirguizistán- contaron con el apoyo de EEUU durante la mayor parte de su gobierno.
- “Washington les había venido citando repetidamente como faros de esperanza para la democracia y globalización en los territorios de la ex Unión Soviética.
- “Sus problemas empezaron cuando empezaron gradualmente a inclinarse hacia una renaciente Rusia bajo Vladimir Putin”. [5]

Siete semanas después de que apareciera la columna de Bhadrakumar, su análisis iba a ser confirmado nada menos que por una autoridad en la materia como era el Presidente estadounidense George W. Bush.

Al visitar la capital de Georgia año y medio después de su “Revolución de las Rosas”, fue acogido por su homólogo Mijail Saakashvili, ex becario del Departamento de Estado y residente en EEUU, quién se había hecho con el poder en lo que sólo puede describirse como un golpe de estado, quien, sin embargo, dijo:

- “Georgia se convertirá en el principal socio de Estados Unidos en la expansión de la democracia y la libertad en el espacio post-soviético. Ese es nuestro objetivo. Siempre estaremos con Vds. para proteger la libertad y la democracia”.

Bush reflejó la inflada estimación sobre sí mismo de Saakashvili: “Vd. está haciendo muchas contribuciones importantes a la causa de la libertad, pero la aportación más importante es su ejemplo. Cambios espectaculares se suceden en lugares desde Bagdad y Beirut hasta Bishkek [Kirguizistán]. Pero antes de que hubiera una Revolución Púrpura en Iraq o una Revolución Naranja en Ucrania o una Revolución de los Cedros en Líbano, hubo una Revolución de las Rosas en Georgia”. [6]

Pocos días después del golpe kirguiz, Bush dio la bienvenida al presidente “naranja” de Ucrania Viktor Yushchenko –quien, en enero pasado, sólo recogió el 5,45% de los votos para su reelección- y aplaudió su ascenso al poder, con ayuda estadounidense, diciendo que “podría considerarse que aunque fuera sólo una parte de la historia de Ucrania, la Revolución Naranja representaba también a las revoluciones por todas partes... Compartimos el objetivo de extender la libertad a otras naciones”. [7]

Más allá de la amenaza de disolución de la CIS y de la CSTO, en abril de 2005, *Der Spiegel* publicó un informe titulado: “Las revoluciones aceleran la desintegración de Rusia”. Revelaba en parte quienes eran las personas influyentes principales tras los acontecimientos en Kirguizistán. Según *Der Spiegel* (4 abril 2005):

- “Ya en febrero”, Roza Otunbayeva –ahora el presunta jefa del gobierno provisional- “prometió lealtad a un pequeño grupo de socios y patrocinadores de la revolución kirguiz, a ‘nuestros amigos estadounidenses’ en Freedom House (que donaron una imprenta a la oposición en Bishek)...
- “En un intento de ayudar al proceso democrático, los estadounidenses vertieron unos 12 millones de dólares en Kirguizistán a través de becas y donaciones, y eso sólo durante el pasado año. El Departamento de Estado de Washington financió incluso el equipamiento de una cadena de televisión de la provincia sureña rebelde de Osh”. [8] [9].

Este proceso de transformación geoestratégica, desde los Balcanes a la antigua Unión

Soviética y Oriente Medio estuvo también apoyado por la Freedom House, el National Endowment for Democracy, el National Democratic Institute, el International Republican Institute y otras organizaciones no gubernamentales.

Una semana después de que los “tulipanes” se hicieran con el poder, el director del proyecto de Freedom House, Mike Stone, resumió el papel de su organización con dos palabras: “Misión cumplida”. [10]

Un periódico británico que le entrevistó añadió: “La implicación estadounidense en el pequeño y montañoso país es mayor, proporcionalmente, que lo fue en la revolución de las ‘rosas’ en Georgia o en el levantamiento ‘naranja’ de Ucrania”. [11]

También se proveyó de ayuda a través de “jóvenes activistas” financiados y formados por Occidente, siguiendo el modelo quienes se organizaron en Yugoslavia en el año 2000 para derrocar al gobierno de Slobodan Milosevic:

Comparen los nombres:

Yugoslavia: *Otpor!* (Resistencia)

Ucrania: *Pora!* (¡Ya es hora!)

Georgia: *Kmara!* (¡Basta!)

Kirguizistán: *Kelkel!* (¡Levántate y anda!)

Detrás de todos ellos, el depuesto presidente kirguiz Askar Akayev identificó a los verdaderos arquitectos de su expulsión. El 2 de abril afirmó: “Hubo organizaciones internacionales que apoyaron y financiaron la Revolución de los Tulipanes en Kirguizistán.

- “Una semana antes de esos acontecimientos vi una carta en Internet firmada por el embajador estadounidense en Kirguizistán. Contenía un plan detallado para la revolución”. [12]

La Revolución kirguiz de los Tulipanes (antes llamada del Limón, Rosa y del Narciso) fue tan inconstitucional y tan perjudicial para la nación como fueron sus predecesoras georgiana y ucraniana, pero mucho más violenta. Hubo muertos y heridos en las ciudades sureñas de Osh y Jalalabad y en la capital de Bishkek.

Fue también la primera revuelta de “color” en una nación fronteriza con China. No sólo Rusia y China manifestaron serias preocupaciones por los desarrollos en Kirguizistán, también Irán, al ver cómo se desarrollaba la trayectoria del “cambio de régimen”.

Durante las cuatro décadas de la Guerra Fría, los cambios políticos mediante elecciones o de otro modo en cualquier nación del mundo –no importa cuán pequeña, empobrecida, aislada e insignificante pueda parecer- adquirieron una importancia que excedía con mucho a sus efectos internos. Los analistas políticos y los responsables políticos mundiales se hacían siempre una cuestión clave: ¿Con quién iba a alinearse el nuevo gobierno, con EEUU o con la Unión Soviética?

En el período posterior a la Guerra Fría, la pregunta ya no es de filosofía política u orientación socio-económica, sino ésta: ¿Cómo apoyará, o se opondrá, la nueva administración a los planes estadounidenses para su dominio regional y global?

Con Roza Otunbayeva como portavoz jefe, cuando no al frente de un nuevo “gobierno popular” kirguiz, hay razones para creer que Washington no se va a sentir muy disgustado por el derrocamiento de su antiguo socio “tulipán” Bakiyev. Ella ha confirmado ya que no se va a cerrar la base estadounidense de Manas.

Menos de dos meses después del golpe de 2005, Otunbayeva, que entonces era ministra de asuntos exteriores, celebró una reunión con su homóloga estadounidense Condoleezza Rice en Washington, durante la cual la última aseguró que “la administración estadounidense continuará ayudando al gobierno kirguiz a fomentar procesos democráticos en el país”. [13]

Poco después de la “transformación democrática” de marzo, su santo patrón, Mijail

Saakashvili de Georgia, se jactó de que “Roza Otunbayeva trabajó en Tbilisi en años recientes y fue la directora de la oficina de Naciones Unidas en Abjazia. Durante la Revolución de las Rosas, ella estaba en Georgia y sabía todo lo que estaba sucediendo... el factor georgiano fue un catalizador de muchas de las cosas que estaban allí sucediendo [en Kirguizistán]”. [14]

Desde la perspectiva estadounidense, ella parece tener fiables y buenas referencias.

Rusia ha puesto su base aérea en Kirguizistán en alerta máxima, aunque los comentarios de los principales dirigentes del gobierno ruso –especialmente del Primer Ministro Vladimir Putin- indican una aceptación del levantamiento que ha causado ya 65 muertos y cientos de heridos.

Pero Rusia intentó poner su mejor cara también en la revuelta de hace cinco años.

La dirección que adopte el próximo gobierno kirguiz repercutirá más allá del pequeño tamaño y población de esa nación (apenas por encima de los cinco millones de habitantes):

- Podría afectar a los planes de EEUU y la OTAN para la mayor ofensiva militar de la guerra afgana, cuyo comienzo está fijado dentro de dos meses en la provincia de Kandahar.
- Podría determinar el futuro de la Organización del Tratado de Seguridad Colectiva y de la Organización de Cooperación de Shanghai, las dos principales barreras a la potencial penetración militar de Occidente en vastas extensiones de Eurasia.

Las apuestas no podrían estar más altas.

Notas:

1) *Stars and Stripes*, 16 de junio de 2009 2) *Agence France-Presse*, 4 de marzo de 2010
3) *Agence France-Presse*, 3 de abril de 2005 4) *The Messenger*, 31 de marzo de 2005 5) *The Hindu*, 28 de marzo de 2005 6) *Civil Georgia*, 10 de mayo de 2005 7) *Associated Press*, 4 de abril de 2005 8) *Der Spiegel*, 4 de abril de 2005 9) *Russian Information Agency Novosti*, 16 de junio de 2005 10) *The Telegraph*, 2 de abril de 2005 11) *Ibid* 12) *Associated Press*, 2 de abril de 2005 13) *Interfax*, 15 de junio de 2005 14) *Civil Georgia*, 30 de marzo de 2005

Una breve radiografía de Turkestán Este

Txente Rekondo -

11 agosto 2009

En los medios occidentales normalmente se suele hacer una mención superficial sobre la composición multiétnica del estado chino actual. Tras nombrar algunas de las minorías no se suele profundizar en un análisis sobre las realidades que representan y sus relaciones entre ellas y con Beijing. Todo lo más, se suele incidir fundamentalmente en la situación que vive Tibet, y se organizan en torno a ese tema la mayor parte de estudios y opiniones, aunque la mayoría de ellas suelen pecar también de cierta mediocridad, motivadas por una mezcla de “pasión” por la religión representada por el Dalai Lama y por informaciones distorsionadas que se han venido generando en torno a la historia de ese pueblo.

Por su parte los Uighures, como la mayoría del resto de minorías, apenas ocupan las primeras páginas de los medios occidentales y mucho menos sus representantes son recibidos en Occidente con los honores que se le dispensan al citado Dalai Lama. Pero tampoco se suele hablar o escribir sobre la situación del pueblo uighur en otros foros

ajenos a los mencionados.

Un poco de historia

Turkestán Este es la patria de los uighures, un pueblo de habla turca y de religión musulmana. Tiene unas raíces similares a la de sus vecinos kazajos, tártaros, uzbekos, tayikos y kirguizes. Localizado en Asia Central, sus lazos siempre se han dirigido hacia los pueblos de esa zona más que hacia China. Históricamente su ubicación se ha situado fuera de los confines de la Gran Muralla china, considerada por muchos la frontera natural de ese país, y más tarde al recibir la denominación de Xinjiang (“nueva tierra o nuevos territorios” en chino) este hecho de no pertenencia al territorio chino se acrecentó entre los uighures.

En la actualidad la denominación de ese país recibe diferentes nombres, “Uighuristán”, “Turkestán Este”, “Xinjiang” o “Región Autónoma Xinjiang Uighur”, y en función de quién sea el autor, se utilizará una u otra.

La mayoría de las fuentes coinciden en señalar que la historia de los uighures en Turkestán Este se remonta más de cuatro mil años, y durante este tiempo, gracias a su ubicación privilegiada, el pueblo uighur ha jugado un importante papel en los cambios culturales y comerciales entre Oriente y Occidente, al tiempo que desarrollaba y mantenía su propia cultura. Fue en el año 934 cuando el Islam llegó a la región y su población se convirtió al mismo. Desde entonces, en torno a Kashgar, se desarrolló una importante producción literaria y musical, con grandes aportaciones en forma de libros e intelectuales y escritores.

Durante siglos, la posición del pueblo uighur en torno a su propia entidad política y nacional se mantuvo pareja a la de las realidades vecinas, entre ellas China. Pero la independencia y prosperidad uighur se acabó con la invasión del imperio Manchú, que puso fin a la historia independiente de Turkestán Este durante los siglos diecisiete y dieciocho. El 18 de noviembre de 1884, Turkestán Este es anexionado formalmente por el imperio chino, y rebautizado como “Xinjiang”. La desaparición del imperio manchú en 1911 traspasó el poder en Beijing al gobierno nacionalista chino, quien siguió controlando los destinos del pueblo uighur.

Los uighures siguieron demandando su independencia y para ello no dudaron en lazarse en varias ocasiones contra el régimen de Beijing, logrando en dos ocasiones, aunque por un breve espacio de tiempo ambas, la materialización de sus demandas con la formación de la República independiente de Turkestán Este, en 1933 y en 1944.

Tras el triunfo de la Revolución china comandada por Mao, los uighures albergaron algunas esperanzas para poder volver a materializar sus ansias de libertad, sin embargo tras el asentamiento del nuevo régimen político en Beijing, la situación del pueblo de Turkestán Este entró en un oscuro túnel.

Un país muy rico

La riqueza de Turkestán Este está atestiguada por la importancia de los recursos naturales que tiene esa zona. Cerca de un tercio de las reservas chinas de petróleo y dos tercios de las de carbón están en el territorio de Turkestán Este. También abundan los minerales y los metales preciosos, el oro, uranio y el cobre.

También es la región de mayor producción de algodón de China, al tiempo que se sitúa entre los tres primeros productores de carne.

Sin embargo, el destinatario de los beneficios que genera toda esa riqueza no revierte sobre el pueblo uighur, sino que se destina principalmente para llenar las arcas de Beijing o para que los grupos étnicos partidarios del régimen central mejoren su situación económica.

Prueba de ello es que a pesar de esa riqueza, unas tasas muy altas de la población uighur viven en condiciones de pobreza. El desempleo azota a las familias uighures, y se da la paradoja de que la mayoría de técnicos y trabajadores de la industria petrolífera son de origen chino.

Una de las estrategias de Beijing, además del traslado masivo de ciudadanos chinos para desequilibrar la balanza demográfica en su favor, es la ocupación de tierras por parte de los “bingtuan”, “unidades militarizadas de producción” en torno a granjas estatales, formado principalmente por soldados chino ya retirados o por granjeros chinos. Estos tienen acceso a tierras junto a las riveras de los ríos, lo que reduce el acceso al agua de los agricultores uighures.

La actitud de Beijing

Hace ya varias décadas que los diferentes gobiernos chinos están llevando a cabo políticas destinadas a acabar con la identidad de los uighures y con sus reivindicaciones nacionales. La asimilación, la chinificación y la campaña “desarrollar el este” son algunos de los pilares de esa estrategia de Beijing.

Los aspectos religiosos, lingüísticos o culturales de la población uighur son sometidos a una relegación, prohibición o tienen que hacer frente a toda una red de obstáculos legales o represivos que impiden su normal desarrollo, al tiempo que se intensifican los movimientos estatales para continuar impulsando la cultura Han en Turkestán Este. Paralelo a ello estaría la política de “hanhua”, algo así como “hacerlos chinos”, esta política de colonización Han tiene una relación directa con los cambios demográficos impulsados desde Beijing, ya que todas estas políticas, como la supuesta campaña de desarrollo del Este están fuertemente basadas en el impulso de oleadas de chinos han hacia Turkestán Este. Así, la población de origen Han supone más del cuarenta por ciento en la “provincia de Xingiang”, y más del ochenta en su capital, Urumqi. En 1950, los porcentajes suponían el 15 y 20 por ciento respectivamente. No es difícil adivinar, que de continuar los flujos de población Han a través de las oleadas de inmigrantes que impulsa Beijing, el gobierno central logrará en unos años que la población uighur sea minoritaria en su propia tierra.

Estos movimientos de población Han hacia Turkestán Este se han realizado siguiendo los manuales clásicos de la colonización, logrando la estratificación social y económica del sistema en función de sus intereses coloniales. Por eso la fotografía nos muestra cómo los representantes del grupo colonialista logran ventajas desproporcionadas tanto en política como en aspectos económicos, y también en educación, empleo y acceso a las necesidades sociales.

Una mirada detallada a la realidad que se vive en Turkestán Este nos permite ver que las diferencias entre los Han y los uighur son más que evidentes. Así, las desigualdades socioeconómicas a favor de los primeros son aplastantes, los uighures tienen que hacer frente a mayores tasas de desempleo, menor expectativa de vida, mayor pobreza y una menor escolarización.

Beijing alega que su campaña “desarrollar el este” ha logrado importantes mejoras en la situación de Xinjiang, sin embargo el desarrollo económico de la zona no repercute en la población uighur. Además no conviene olvidar que buena parte de las inversiones están encaminadas a la explotación de los recursos naturales de Turkestán Este, cuyos beneficios no se revierten en la población local. Por otra parte, esta supuesta “modernización” no es más que una explotación económica de la población uighur y de los recursos naturales que les pertenecen.

Los límites religiosos, de asociación y de expresión también son utilizados por el gobierno chino para impedir que las demandas uighures se materialicen. Para ello “se ha construido una compleja estructura de leyes, reglamentos y políticas en Xinjiang que niegan la libertad religiosa a los uighur, y por extensión la libertad de asociación, asamblea y expresión”.

Identidad y organizaciones uighur

Como ocurre con cualquier grupo nacional, los uighures no presentan una línea política e ideológica uniforme. Las diferentes influencias y el desarrollo interno de distintas alternativas e ideologías han configurado organizaciones ideológicamente distintas e incluso actitudes contrarias entre ellos. No obstante ello no es excusa para no afirmar que la identidad uighur y sus demandas de autodeterminación tienen una importante base.

Dentro de los uighures encontramos diferentes actitudes o ideologías de cara a conseguir sus objetivos. En primer lugar estarían aquellos que defienden el carácter nacional de su pueblo y demandan la consecución de un estado llamado Turkestán Este, al tiempo que reconocen la presencia de la religión musulmana como algo unido a su cultura y a su historia, pero sin imprimirle a esta el protagonismo de las demandas políticas y sociales. Se les sitúa en una línea pan-tuca, pero no con las connotaciones neo imperiales de Turquía sino con la defensa de sus orígenes de carácter turco.

En segundo lugar se ubican las tendencias pan-islamistas, donde el motor de su ideología está asentado en el Islam, por encima de consideraciones nacionales, aunque también hacen uso de éstas. Han desarrollado escuelas religiosas de carácter clandestino y algunas organizaciones tienen vínculos con grupos de los países vecinos.

El tercer grupo lo componen aquellos que formarían una especie de “mayoría silenciosa”, que sin militar en las organizaciones anteriormente citadas, mantienen una actitud de resistencia diaria hacia la asimilación que busca el gobierno chino. Se manifiesta como “una batalla silenciosa” y lo hacen manteniendo sus costumbres, su lengua y su tradición, al tiempo que defienden que la idea de “Turkestán Este” no es el producto de ningún proyecto extranjero. Finalmente estarían los llamados asimilados o colaboracionistas, que a cambio de incentivos sociales y económicos no han dudado en prestar sus servicios a la maquinaria del estado colonial.

Durante décadas el pueblo uighur ha resistido los intentos asimiladores de China, pero va a ser a partir de los años noventa cuando las organizaciones uighures van a alcanzar un mayor grado de politización. A comienzos de esa década, la retirada soviética de Afganistán y la creación de las nuevas repúblicas de Asia Central van a ser acontecimientos que impulsaran al desarrollo de la conciencia nacional del pueblo uighur. En esos años vamos a asistir a un incremento de las demandas nacionalistas, a

una mayor producción literaria de carácter nacional, a protestas y manifestaciones, y también a la violencia que causará atentados y muertos.

La respuesta china será de mayor represión sobre toda expresión pública o no de la cultura, religión o política uighur. Serán miles los detenidos políticos y cientos de ellos serán también ejecutados. Esa política represiva de Beijing llevó a debilitar a las organizaciones nacionales uighures y a que muchos de sus militantes tuvieran que exiliarse en los países vecinos o en Europa.

El abanico de organizaciones políticas que han operado estos años es bastante amplio, pero estas serían las más importantes:

- Unión del Turkestán Este, basada en Europa.
- Centro para la Libertad Nacional de Turkestán Este, su sede central está en Washington.
- Organización para la Liberación de Uighurestán, con sede en Almaty y liderada por un uighur kazajo que habría sido coronel del ejército soviético.
- Frente Revolucionario Unido de Turkestán Este, con muchos seguidores exiliados en Kazajstán.
- Sociedad de patriotas de Turkestán Este, con seguidores también entre los refugiados en Kazajstán.
- Organización de Liberación Uighur, basada en la diáspora de Asia Central.
- Organización para la Libertad de Turkestán, con sede en Turquía.

Todas esas organizaciones tiene un claro carácter nacional, y buscan a caber con la colonización Han y crear un estado independiente para su pueblo.

También existen otros grupos que representan una óptica más occidentalista en sus demandas para Turkestán Este. Destacan el Congreso nacional de Turkestán Este y la Asociación Americana Uighur, tienen su centro en Europa, Turquía o Estados Unidos. Buscan la defensa de los intereses uighures presionando a sus gobiernos, rechazan la utilización de la violencia y plantean un modelo de sociedad siguiendo los cánones liberales y occidentales.

Finalmente nos encontramos con otras organizaciones de marcado carácter religioso. El principal de ellos es el Movimiento Turkestán Libre, que organizó el alzamiento de Baren en 1990. En aquellos enfrentamientos murieron decenas de uighures y policías chinos, entre los fallecidos estaba el dirigente del movimiento, Zahideen Yusuf, a quien muchos uighures le consideran un héroe. También estaría el Movimiento Islámico de Turkestán Este que impulsó las protestas de 1997 en Ghulja. Otro grupo ajeno a Turkestán Este, el Movimiento Islámico de Uzbekistán también ha intentado reclutar a uighures entre los exiliados en Asia Central. Cuando el MIU cambió de nombre y pasó a llamarse Partido Islámico de Turkestán en 2001, intentó alzar la bandera para crear un estado islámico en Asia Central y Turkestán Este. No obstante los uighures que se han sumado a este movimiento nunca han sido numerosos y los han hecho por lo general a nivel particular, sin ninguna articulación con algún otro grupo nacional.

Guerra contra el terror

Los ataques del 11-s que trajeron consigo la oficialización de la campaña norteamericana de la llamada “guerra contra el terror” va a ser otro punto de inflexión que China aprovechará para defender sus intereses y aumentar su presión sobre los uighures.

Si hasta esa fecha la política internacional de China sobre los Uighur había sido la de un silencio absoluto, de hecho antes del 11-s China no había reconocido oficialmente la existencia del “problema” de Turkestán Este, pocos meses después del 11-s el gobierno

chino comenzará a publicar diferentes documentos oficiales que marcarán la política de Beijing hacia las demandas uighures. En 2003 hará pública un alista donde se nombran a cuatro organizaciones uighures y a once personas como “terroristas”, una de estas organizaciones, ya había sido incluida tras las presiones chinas en la lista que hizo pública Washington en 2002.

La política china a partir de esa fecha va seguir el guión de “quid pro quo”, buscando apoyos internacionales para sus aspiraciones a cambio de mostrar su acuerdo con los intereses de otros actores en otros lugares. Al amparo de esta dirección, buscará las colaboraciones de los países de Asia Central, donde la importante diáspora uighur tiene mucha fuerza y una buena organización. Beijing es consciente de que su superioridad económica puede llevar a los gobernantes de esas nuevas repúblicas a colaborar con ellos y en los últimos años esta política está dando los frutos que China esperaba, ya que los estados de Asia Central han empezado a perseguir y a extraditar a ciudadanos uighur.

Desde el 11-s el discurso de China se ha centrado en la llamada guerra contra los tres “ismos”, fundamentalismo religioso, separatismo y terrorismo, dentro de estas definiciones intentan ubicar cualquier movimiento que demande su derecho a la libre determinación, como es el caso de Turkestán Este.

Las presiones sobre las comunidades de exiliados se han acrecentado en los últimos años, logrando que algunos de ellos sean repatriados y encarcelados, e incluso que algunos dirigentes mueran en circunstancias extrañas en otros países. La excusa de la “guerra contra el terror” le ha venido muy bien al gobierno chino, quien paralelamente ha seguido edificando todo un guión represivo contra la población uighur.

La imposición de la lengua china en todas las escuelas uighures o el reciente acuerdo con el presidente de turkmeno Niazov para que éste apoye a Beijing en su persecución de los uighures en su país.

En los últimos años China ha basado su política contra Turkestán Este en varios pilares. En primer lugar la llamada “campaña golpear duro” que ha caracterizado los últimos seis años, con cientos de arrestos y control riguroso sobre la población. En segundo lugar está la “asimilación cultural y la segregación económica” que al hilo de la política de las últimas décadas continúa creando e invirtiendo en Turkestán Este para la población Han quienes a través de esos incentivos acceden a desplazarse a esa región. El tercer pilar es el “regreso forzado de los refugiados”, ya que desde el 11-s Beijing exige que le sean entregados todos los exiliados uighures sobre los que ha colocado la etiqueta de “terroristas”. En este aspecto hay que remarcar que si bien algunos uighures han participado junto a los talibanes y otras organizaciones pan-islamistas ésta no ha sido la tónica general del movimiento uighur. Es más algunos uighures detenidos en Afganistán y acusados de pertenecer a la red de al-Qaeda no lo han sido por afinidad ideológica, sino por encontrarse en el lugar equivocado en el peor momento. Hay que recordar que muchos exiliados uighures huyeron a Afganistán ya que era el destino más fácil al no exigirse entonces ningún visado.

La “persecución religiosa” también está en el eje central de la política china. Desde Beijing se impone una versión estatal del Corán, se prohíbe que los hombres lleven el gorro típico si trabajan en empresas estatales, al tiempo que intentan controlar las

mezquitas, menospreciando las tradiciones que durante siglos han sido parte de la cultura uighur.

Finalmente, la represión ha traído consigo que existan miles de “prisioneros políticos uighures”, y que muchos que mantienen actividades intelectuales, artísticas o políticas teman ejercer sus derechos por temor a acabar también en prisión.

Sin caer en el oportunismo político del que suelen hacer gala algunos analistas occidentales para aprovechar cualquier situación y criticar cualquier sistema que no se avenga a los parámetros neoliberales, lo cierto es que la política del gobierno chino hacia Turkestán Este encuentra su sitio dentro de los guiones coloniales que las potencias occidentales han desarrollado a lo largo de los últimos siglos.

Así nos hemos encontrado con una dominación política, económica y cultural a través de la colonización de Turkestán Este por parte de chinos Han, sobretudo a partir de 1949, y se ha visto incrementada con flujos de inmigrantes en los últimos años.

También la restricción de nacimientos ha impulsado ese cambio demográfico a favor de los colonizadores. La escasa representación uighur en los puestos de decisión, la explotación de los recursos naturales en beneficio de los grupos Han, acceso desigual a la educación y restricciones sobre la vida religiosa y cultural del pueblo uighur han sido la tónica general sobre la que se asienta la dominación colonial china en Turkestán Este.

Uzbekistán: la disputa estratégica por Asia central

Higinio Polo

El Viejo Topo, 30 noviembre 2006

La desaparición de la Unión Soviética creó un vacío estratégico en Asia central, resuelto apresuradamente con la proclamación de cinco repúblicas (Kazajastán, Uzbekistán, Turkmenistán, Kirguizistán y Tayikistán), de las que sólo dos, Kazajastán y Uzbekistán, contaban con población suficiente para crear Estados viables: las otras tres tenían todas las condiciones para convertirse en protectorados o en países dependientes. Así, en Uzbekistán, los días confusos de la agonía gorbachoviana trajeron una nueva república que sustituyó a la República Socialista Soviética de Uzbekistán. Nadie la había pedido: apenas unos meses después de que, en 1991, la gran mayoría de la población (más del noventa por ciento) de la república se pronunciase en un referéndum apoyando el mantenimiento de la Unión Soviética, los dirigentes del país proclamaron la independencia. Fue una verdadera burla y una estafa, igual que en el resto de la URSS, porque en la práctica totalidad del territorio soviético, los ciudadanos querían conservar la Unión, pero las élites de cada zona (una mezcla de viejos comunistas conversos y de nuevos liberales) querían retener el poder y disponer de un país: había comenzado el tiempo del robo de la propiedad estatal soviética, de la acumulación del botín, objetivo siempre acompañado de hipócritas palabras sobre la democracia, la libertad y el desarrollo futuro. Estados Unidos estimuló ese proceso, nacido del pacto de Bielovizhe en 1991.

Uzbekistán nunca existió: es una división administrativa soviética. Antes, en el territorio de Asia central que hoy forma el país, habían existido emiratos, ciudades independientes, imperios. Con la proclamación de la actual república, que cuenta con 25

millones de habitantes, el nuevo poder impulsó una política de invención del pasado: construyeron nuevos monumentos, como el del emperador Tamerlán en uno de los lugares más céntricos de Tashkent; sustituyeron la estatua de Lenin por un globo terráqueo con Uzbekistán en el centro, reescribieron la historia. Todos los símbolos que recordaban a la URSS fueron retirados. La creación de un nuevo patriotismo necesitaba ensuciar la memoria de los años soviéticos y a esa tarea se dedicó con empeño el nuevo gobierno. El converso Islam Karimov (actual presidente, que había sido dirigente comunista uzbeko) llegó al extremo de fundar un Museo de Víctimas del Colonialismo, donde se identifica la historia de la Rusia zarista y de la Unión Soviética como si ambos sistemas políticos hubieran formado un mismo núcleo imperialista para sojuzgar a los uzbekos, y ha insistido en que los problemas que hoy tiene el país forman parte de “la herencia totalitaria soviética”. Sin embargo, la mayoría de la población uzbeka añora la URSS.

Gobernando con su nuevo Partido Democrático Popular, Karimov ha perseguido a toda oposición política, empezando por los comunistas, que no tienen existencia legal: ya se sabe que no hay nada peor que los conversos. Pese al mantenimiento de una fachada democrática, los procesos electorales han estado controlados por el poder, y el propio Karimov ha decidido en estos quince años postsoviéticos los partidos que podían presentarse y quienes podían participar, formando incluso organizaciones progubernamentales para dar apariencia de pluralidad al régimen. Karimov no tuvo empacho en prolongar su mandato como presidente en un referéndum, y, en 2000, más del noventa por ciento de los votantes lo reelegían por cinco años más, aunque un nuevo referéndum ampliaría otra vez su mandato: las próximas elecciones, si no se introducen nuevos cambios, tendrán lugar en 2007. Su dominio del país quedó patente cuando, en 1998, el parlamento uzbeko (llamado Oly Majlis) le concedió la máxima distinción, Tamerlán, y después, en 2003, aprobaba la inmunidad vitalicia para los expresidentes del país (¡sólo lo ha sido hasta ahora Karimov!), promulgando así una ley hecha a medida para asegurar, en su día, el tranquilo retiro del autócrata.

En el nuevo Uzbekistán no sólo se organizó una gigantesca y feroz campaña de descrédito de la Unión Soviética: había que romper con el socialismo y elaborar un nuevo relato histórico del pasado uzbeko. La invención del pasado implicaba identificar a los rusos y a la Unión Soviética como un poder colonial (ocultando la participación uzbeka en la construcción de la URSS) y eso llevó a Karimov a cambiar el alfabeto cirílico por el latino, en su versión turca, de forma que, en todas las calles de todas las ciudades del país, letreros y carteles están hoy escritos en uzbeko con alfabeto latino, un alfabeto ajeno a la historia del país. Para desgracia del nuevo poder, el cambio nunca fue del agrado de la población, de tal forma que va a cambiarlo el año próximo, volviendo al alfabeto cirílico. Se limitó, además, la utilización de la lengua rusa, aunque la tozuda realidad muestra que por todas partes del país se habla ruso, aunque también es muy utilizado el uzbeko, y en Samarcanda y Bujara se habla tayiko. Karimov introdujo el estudio de la escritura árabe, y se abrieron madrasas islámicas e incluso una universidad, financiadas por Arabia Saudita. En Bujara, por ejemplo, esa política de identificación islámica y de ocultamiento del pasado soviético llevó a levantar un enorme complejo para acoger la tumba de Bahouddin Nakshband, un sufi del siglo XIV, para dotar al nuevo Uzbekistán de referencias históricas con las que pueda identificarse la población. Así, Tamerlán y el Islam se convirtieron en señas de identidad de Uzbekistán.

El presidente Karimov, aunque hizo aprobar una constitución secular, impulsó una

política de recuperación de las tradiciones islámicas en la vida cotidiana que ha penetrado en algunos sectores del país, aunque al mismo tiempo prohibió los partidos que utilizaban la religión como estandarte, utilizando las revueltas islamistas en la vecina república de Tayikistán y la guerra civil que se desató en los años noventa como aviso de los peligros que podían suponer para Uzbekistán. Pero el islamismo creció: en nuestros días se está poniendo de moda casar a las mujeres ¡con dieciséis años!, a través de los acuerdos entre familias, algo que casi se había erradicado con la Unión Soviética. Incluso se ha vuelto a imponer la circuncisión a los niños, y en algunas zonas la presión religiosa islamista es evidente. Pese a todo, la gran mayoría de la población es laica, y su vestimenta y comportamiento no tiene nada que ver con las imágenes de mujeres cubiertas con el velo y muchedumbres llenando las mezquitas que llegan desde otros países. Setenta años de socialismo no han pasado en vano.

El robo de la propiedad soviética siguió caminos semejantes a los de Rusia y las otras repúblicas de la URSS. El robo de la propiedad colectiva llegó a extremos insospechados: en el Museo de Samarcanda desaparecieron importantes piezas y colecciones. La privatización y destrucción de muchas de las conquistas sociales fueron de la mano, y afectaron a la sanidad, educación, cultura y ocio. De esa forma, la hija de Karimov, Gulnara Karimova, por ejemplo, ha podido construir un gigantesco grupo empresarial, mientras que el desastroso cambio para la población puede ilustrarse con la venta de los pisos existentes en el país, construidos por la URSS, ¡a sus propios habitantes! Durante los años soviéticos, la vivienda era un derecho universal y los inquilinos apenas pagaban una cantidad simbólica por el alquiler, que era de por vida, y por los servicios de agua, gas y electricidad. Aunque ese sistema tenía problemas: la dejación colectiva y la deficiente conservación de muchos bloques de viviendas es una de ellas. Así, el nuevo gobierno uzbeko inició la venta de los pisos a sus propios moradores, que tuvieron que pagar por un bien que, de hecho, ya era suyo de forma vitalicia, en una operación donde el gobierno ingresó enormes cantidades de dinero, cuyo destino final se pierde, aunque no hay duda que fue a parar a los bolsillos de los nuevos oligarcas. En nuestros días, los inquilinos deben pagar el agua, gas y electricidad, que antes eran prácticamente gratuitos. Un piso convencional cuesta hoy entre siete mil y ocho mil dólares (que, con salarios de cuarenta dólares mensuales, supone para los compradores un esfuerzo titánico). No es extraño, así, que muchos uzbekos afirmen que “se vivía mejor con la Unión Soviética”.

La supuesta libertad conquistada en el proceso de independencia es ilustrada por el régimen de Karimov con la posibilidad que la población tiene ahora de viajar al extranjero y estudiar, pero es muy difícil que los uzbekos puedan sufragar los estudios de sus hijos en el exterior. Los defensores del nuevo Uzbekistán dicen que esa posibilidad, antes, ni siquiera existía, pero lo cierto es que cuesta mucho dinero y sólo pueden hacerlo los hijos de familias ricas: en la práctica, salen al exterior menos estudiantes uzbekos que antes. Además, Uzbekistán no ha superado la crisis que trajo la desaparición de la URSS. El algodón, el oro y el uranio son las principales riquezas del país, pero los riesgos estratégicos son grandes: Uzbekistán no tiene agua suficiente, y la intensa explotación de las aguas del Amur Daria y Sir Daria en toda Asia central ha hecho retroceder al Mar de Aral y ha creado nuevos problemas en la economía, porque el algodón es el gran recurso del país. Por eso, diversos sectores mantienen que los uzbekos necesitan a Rusia: la evidencia de la soledad de unas pequeñas repúblicas en un mundo de gigantes sigue conservando los lazos que creó la Unión Soviética.

Tashkent es hoy una ciudad nueva. El terremoto del 26 de abril de 1966 destruyó casi por completo la capital uzbeka, y todas las repúblicas soviéticas se volcaron en la ayuda y en la reconstrucción, dando lugar a una ciudad de amplias avenidas, de grandes parques y gigantescas plazas, que es la metrópolis más poblada de Asia central. Los signos de la crisis tras la desaparición de la URSS siguen visibles, y el trabajo ha dejado de ser un derecho colectivo. En Tashkent, el salario medio de un obrero oscila entre cuarenta y sesenta mil som mensuales, unos cuarenta dólares. En Samarcanda, visité una fábrica de seda. Es privada: se creó en 1992, inmediatamente después del colapso de la URSS. Trabajan allí cuatrocientas cincuenta mujeres, la mayoría jóvenes, que ganan un salario de entre ochenta y ciento veinte dólares mensuales (entre sesenta y cinco y noventa y cinco euros). Utilizan tintes naturales para teñir la seda, corteza de nuez, granada, flores silvestres. Las obreras se consideran afortunadas, a la vista de las dificultades del país. En Bujara, otra de las ciudades míticas de la vieja ruta de la seda, la destrucción de la economía alcanzó niveles alarmantes: algunas fuentes hablan de un sesenta por ciento de desempleo o de subocupación. Se ven niños trabajando en la ciudad, fabricando alfombras o artesanías: el cambio en las prioridades ha llevado, incluso, a muchas familias a no llevar a los niños a la escuela: dicen que eso no aporta nada, y los ponen a trabajar.

* * *

La orfandad política de las repúblicas de Asia central las convirtió en presas apetecibles para Estados Unidos. Mientras rompía lazos con Rusia, Karimov se involucró en el conflicto afgano, apoyando en los años noventa al general Abdul Rashid Dostam, un militar de raíces uzbecas, y llegó a mediar con los sanguinarios talibán (una criatura creada por los servicios secretos pakistaníes y norteamericanos, con financiación saudí), que se habían convertido en la fuerza dominante en Afganistán: era una forma de conseguir espacio político para Dostam y, de paso, fortalecer el peso de Uzbekistán en la zona. Al mismo tiempo, Karimov intensificó su relación con Estados Unidos, hasta el punto de que llegaron a organizar ejercicios militares de la OTAN en territorio uzbeco. Pero las dificultades exteriores aumentaron. Pakistán alimentaba campamentos de entrenamiento de terroristas islamistas que se infiltraban después en Uzbekistán, creando episodios de crisis, y también las relaciones con Moscú se hicieron tensas, a consecuencia de la gran minoría rusa del país y de la decisión del gobierno uzbeco de abandonar el Tratado de Seguridad de la CEI (Confederación de Estados Independientes, sustituto de la URSS), aunque ello no impidió la colaboración con Rusia para combatir el terrorismo islamista. En febrero de 1999, unos confusos atentados terroristas (organizados por un partido llamado Hezbolá, como el libanés) contra la sede del gobierno causaron casi veinte muertos en Tashkent, en una operación que parecía dirigida contra Karimov, y muchos aspectos apuntaban a que, tras ella, se ocultaba una oscura amalgama de servicios secretos. Pese a ese peligro, a partir de 1999 Uzbekistán abandonó el Tratado de Seguridad Colectiva, que reunía a Rusia con otras repúblicas de la desaparecida Unión Soviética, y decidió integrarse en el GUAM (que, con la incorporación uzbeka, pasó a llamarse GUUAM), una organización que agrupaba a Georgia, Ucrania, Azerbaiyán y Moldavia, urdida en los laboratorios estratégicos de Washington con el propósito de consolidar la división del territorio soviético y asegurar su propia penetración en la periferia de Rusia. Hay que hacer notar que, al margen de su origen soviético, esas repúblicas ni siquiera tienen fronteras comunes y que su forzada integración en el GUUAM fue, desde sus inicios, una baza al servicio del despliegue estratégico norteamericano. A cambio de protección y apoyo diplomático, Karimov

estaba dispuesto a ser un peón de Washington.

La política exterior de Karimov cultivó la amistad y la alianza con Estados Unidos, pero hoy ese diseño estratégico ha sido abandonado por un retorno hacia la alianza con Moscú. Pero, antes, tuvieron que sonar todas las alarmas. Karimov se negó a integrar a Uzbekistán en la Comunidad Económica Euroasiática, creada en octubre del 2000 por Rusia, Bielorrusia, Kazajastán, Kirguizistán y Tayikistán: era un reflejo de su prevención ante la diplomacia rusa, que trabajaba con el objetivo de reunificar el espacio económico soviético, y un guiño a los norteamericanos, siempre deseosos de aumentar su influencia en la zona en perjuicio de Moscú y Pekín. Después, los atentados del 11 de septiembre en Nueva York llevaron a Karimov a ofrecer su colaboración a Estados Unidos, que se concretó en la firma de convenios militares con Washington, que autorizaban al ejército norteamericano para utilizar bases en territorio uzbeko, asunto de trascendencia estratégica que llevó a Colin Powell, jefe de la diplomacia norteamericana, a visitar Tashkent. El apoyo uzbeko al nuevo régimen de Karzai instalado en Kabul por Estados Unidos, fue, también, una consecuencia de ese pacto. Un año después, Karimov visitaba Washington, consolidando su alianza con Estados Unidos y firmando nuevos acuerdos militares y económicos. De hecho, puede decirse que la consecuencia más importante de los atentados del 11 de septiembre para la zona no fue el ataque estadounidense a Afganistán, sino la penetración norteamericana en Asia central. Washington no buscaba a Ben Laden, asunto para consumo popular: perseguía el control de Asia central, y Afganistán caía por añadidura. Tras la ofensiva militar y diplomática, Estados Unidos consiguió presencia militar en Afganistán, Uzbekistán, Tayikistán, Kirguizistán y Kazajastán. El retroceso estratégico de Moscú era evidente, hasta el punto de que los estrategas del gobierno norteamericano especularon con la posibilidad de forzar a Rusia a hacerle jugar el papel de guardián de los intereses estadounidenses ¡en las antiguas repúblicas soviéticas de Asia central! Pero el gran juego no ha terminado.

En marzo de 2004, nuevos atentados terroristas en Uzbekistán, coordinados en varias ciudades, entre ellas la capital, Tashkent, causaron diecinueve muertos y decenas de heridos. Y el 12 y 13 de mayo de 2005, en Andijan, una importante ciudad del valle de Fergana, la policía reprimió una manifestación tras una confusa incursión guerrillera. Grupos de hombres armados atacaron una comisaría y un cuartel y mataron a diez policías y soldados y, después, asaltaron la cárcel y abrieron sus puertas a más de dos mil presos. La peligrosa crisis abierta fue liquidada por Karimov, que consultó a Putin la respuesta, con rapidez. Según Amnistía Internacional, en la represión ordenada por Karimov murieron centenares de personas, aunque no se ha podido realizar una investigación independiente. Hasta ese momento, Estados Unidos era el principal apoyo diplomático de Karimov, que incluso había accedido a acoger en Uzbekistán a prisioneros de los norteamericanos para interrogarlos, aceptando la subcontratación de la tortura. La incursión, que utilizaba para sus fines la insatisfacción popular por el retroceso de las condiciones de vida, las reivindicaciones islamistas, y los negocios de la droga y las actividades de turbios empresarios, aprovechaba la proximidad de la ciudad de Andijan a zonas convulsas como Afganistán y Pakistán. La confusión sobre la identidad de los autores intelectuales de la operación de Andijan no podía ocultar, pese a todo, las actividades de grupos islamistas, de servicios secretos y la preparación de provocaciones. Karimov acusó a extremistas islámicos de ser los responsables de la operación y (sin declararlo públicamente) sospechaba que la larga mano de Washington estaba tras la infiltración. No en vano, Estados Unidos había organizado las

revoluciones naranja para instaurar regímenes cliente en antiguas repúblicas soviéticas, como Georgia y Ucrania, que triunfaron, y otras en Bielorrusia y Azerbaijón, que fracasaron. Algunas fuentes, como Ahmed Rashid, mantienen que, después de la represión de Andijan, más de mil uzbekos se refugiaron en Afganistán, refugio que resulta revelador. Ese mundo de las redes islamistas, infiltrado por el ISI (los servicios secretos pakistaníes), la CIA, el Mossad, es oscuro, pero interviene en la gran batalla estratégica por Asia central. Según el fiscal general uzbeko, su gobierno dispone de pruebas de que la operación fue organizada por el Movimiento Islámico de Turkestán (llamado antes Movimiento Islámico de Uzbekistán), Hizb ul Tahrir y una de las ramas de éste, Akramiylar. No es difícil adivinar quienes dirigen esos grupos.

Algunas fuentes consideran que la embajadada norteamericana en Tashkent estaba detrás de la intentona de Andijan: los servicios secretos estadounidenses influyen sobre grupos opositores uzbekos refugiados en Londres, a los que han financiado, como han hecho con otros grupos islamistas de Asia central, y están en permanente coordinación con el despliegue diplomático y militar que mantiene Estados Unidos en toda la zona. Es decir: Washington, pese a que mantiene una estrategia que busca limitar la influencia del islamismo militante, no desdeña al mismo tiempo financiar, adiestrar y controlar facciones islamistas que sean útiles para el desarrollo de sus objetivos y para la preparación de provocaciones y atentados. No hay que perder de vista que la región china de Xingqianq está a sólo doscientos kilómetros de Andijan y que los servicios norteamericanos siguen apoyando los grupos islamistas chinos que especulan con una supuesta independencia: aumentar en el Oeste la presión sobre China sería un triunfo estratégico para Washington. Así, todo indica que Estados Unidos se equivocó en Uzbekistán, pretendiendo cambiar a un dictador aliado, pero imprevisible, por un régimen cliente teledirigido desde Washington. Karimov constató que su alineamiento con Estados Unidos no le aseguraba la continuidad en el poder y volvió sus ojos a Moscú: no tenía otra alternativa. De esa forma, los disturbios de Andijan de 2005, trajeron un cambio de alianzas.

Las presiones norteamericanas y europeas no se hicieron esperar: en octubre de 2005, la Unión Europea aprobó un embargo de armas y limitó la entrada de dirigentes uzbekos a su territorio. Tampoco la reacción uzbeka: al mes siguiente, Karimov cerraba el territorio y el espacio aéreo de su país a las fuerzas de la OTAN a partir de enero de 2006, en una decisión que —unida al desalojo forzado de las tropas norteamericanas de la base uzbeka de Karshi-Janabad, donde llevaban estacionadas desde octubre de 2001— ha complicado sobremanera el despliegue estadounidense en la zona, afectando a Afganistán y a la propia ISAF. La prepotencia norteamericana, que le ha jugado una mala pasada a su gobierno, había llegado al extremo de no pagar a Uzbekistán el alquiler estipulado por la base de Karshi-Janabad: cuando Washington se percató de que la amenaza de desalojo de la base era seria, quiso pagar los alquileres atrasados, aunque esa promesa no hizo retroceder al gobierno de Karimov.

Estados Unidos cometió un error de cálculo en Uzbekistán, que ha limitado su influencia en la región, aunque continúa trabajando para influir sobre Kazajastán y Turkmenistán, república ésta gobernada de manera despótica por Saparmurat Niyazov. La política de Washington se ha orientado a forzar cambios políticos en la periferia soviética y en todo Oriente Medio, utilizando para ello su presión diplomática, la organización de redes financiadas y la infiltración: organizaciones como Freedom House, que dirige James Woolsey, un antiguo jefe de la CIA; la USAID, United States

Agency for International Development; y la NED, National Endowment for Democracy, junto con la actividad de sus servicios secretos y de grupos de mercenarios, completan el panorama. No toda su actividad es militar o terrorista, ni mucho menos. En Bujara, por ejemplo, puede constatarse la infiltración norteamericana: USAID financia un caravasar y negocios de comerciantes. Hay que poner huevos en diferentes cestas.

La complejidad de la disputa por Asia central complica el escenario para las grandes potencias. El interés de Rusia, de Uzbekistán y de la mayoría de las antiguas repúblicas soviéticas radica en la consolidación de la CEI, que en lo sustancial es equivalente a la URSS, y es evidente para la mayoría de los gobiernos del área que los elementos que juegan a favor de la integración son mucho más sólidos que los que llevan hacia la dispersión. Pero también Estados Unidos juega sus cartas: las inversiones realizadas por sus empresas en Kazajastán son muchos mayores que las que han hecho en Rusia, consciente además de que se ha reducido el intercambio comercial entre Moscú y el resto de las repúblicas exsoviéticas por la tendencia a aumentar el comercio con países occidentales. Con China al fondo del escenario, completa el panorama Irán, que está redefiniendo su política para Asia central: en la década de los noventa, Teherán inició una acción exterior orientada a exportar su visión de revolución islámica en las cinco repúblicas del área, iniciativa que acabó en un rotundo fracaso. La nueva orientación, más pragmática que ideológica, pone el acento en los intercambios económicos: los acuerdos iraníes con Turkmenistán para el envío de gas a Irán, y con Tayikistán, que engloban proyectos industriales y de construcción de gasoductos, son una muestra de ello. Tampoco la política de buena vecindad entre Turkmenistán e Irán es una buena noticia para Washington, que sigue especulando con la posibilidad de utilizar territorio turkmeno para un hipotético ataque a Irán. Las relaciones de Irán con Uzbekistán son más frías, a consecuencia del recelo uzbeko hacia la retórica islamista de Teherán. No son las únicas potencias atentas a la evolución de los acontecimientos: el anterior primer ministro japonés, Koizumi, visitó este mismo verano Kazajastán y Uzbekistán. Objetivo: asegurar sus suministros energéticos y minerales (desde cobre y plomo, hasta uranio), y, de forma más oculta, colaborar con Estados Unidos en la contención de China y Rusia en toda Asia central. La discreta diplomacia nipona no descarta estimular el enfrentamiento entre Rusia y China, como una vía para hacer prosperar sus intereses en la zona, siempre bajo la atenta mirada de Washington.

La Comunidad Económica Euroasiática (CEE), formada por Rusia, Bielorrusia, Kazajstán, Kirguizistán, Tayikistán y Uzbekistán, es clave en la organización económica de parte del antiguo territorio soviético. No hay que olvidar que Washington sigue saboteando el intento de Rusia de integrarse en la Organización Mundial del Comercio, OMC, y que una de las cartas que juega Moscú es la creación de un espacio económico y aduanero con la mayoría de las antiguas repúblicas soviéticas. Rusia, Kazajastán y Bielorrusia han avanzado mucho en ese terreno, y junto con Ucrania (que tiene estatuto de observador en la CEE) componen la parte más sustancial de lo que era la URSS. Otra entidad, el Espacio Económico Común (EEC), está reforzando la integración paulatina y la creación de nuevos lazos. No sin problemas, desde luego. En enero de 2006, Uzbekistán ha ingresado en la CEE y, más tarde, en la Organización del Tratado de Seguridad Colectiva (OTSC, que está compuesta por los países que integran la CCE, más Armenia).

La integración de fuerzas militares en la zona también avanza: este verano, la OTSC organizó unos ejercicios militares, Frontera 2006, dirigidos por el ministro de defensa kazajo, Mujtar Altinbaev, orientados a evitar la infiltración de grupos armados (de las

redes islamistas internacionales, de movimientos autóctonos, u organizados por servicios secretos occidentales) y a aumentar la cohesión y la seguridad en toda Asia central: en ese aspecto los intereses rusos son plenamente coincidentes con los chinos, y entran en colisión directa con los norteamericanos y, en menor medida, con los turcos. (Recuérdese que los servicios secretos norteamericanos, israelíes y turcos trabajan en muchas operaciones conjuntas: la detención del dirigente kurdo Abdulá Ocalam en Nairobi, Tanzania, fue una de ellas). Otra de las organizaciones que se ha fortalecido en los últimos años, la Organización de Cooperación de Shanghai (OCS, donde, junto a Rusia y China, se integran Kazajastán y Uzbekistán y otras repúblicas menores), está creando un nuevo equilibrio estratégico en la zona y en el mundo. Uno de los frutos de la colaboración, cada vez más importante, entre sus miembros, es el nuevo oleoducto Kazajastán-China, que en mayo de 2006 empezó a enviar petróleo a China.

Ese es el panorama en donde se inserta Uzbekistán, y donde sus nuevas alianzas están inclinando la balanza en Asia central. Nikolai Bordiuzha, secretario general de la Organización del Tratado de Seguridad Colectiva, afirmaba hace unas semanas que “la reciente decisión de Uzbekistán de reintegrarse a la OTSC cambia radicalmente la situación geopolítica no sólo en el Asia Central, sino también en todo el espacio post-soviético”. En esa encrucijada estratégica, donde Estados Unidos, Rusia y China tanto tienen que ganar o que perder, se encuentra Uzbekistán, oprimido por el régimen de Karimov, con su población añorando el pasado soviético, mirando otra vez a Rusia.